

Los bolsillos mágicos

Gema Gil Gutiérrez





<https://cuentosinfantiles.top>

El señor Dolón era un hombre pequeñito, regordete y de sonrisa muy agradable. Era muy pobre y vivía solo en una casita redonda, aunque proporcionada a su gordura, en el extremo de un pueblecillo. Siempre llevaba una chaqueta roja, que se abrochaba hasta el cuello, y que tenía dos bolsillos muy grandes. En uno de ellos se guardaba la comida y en el otro el pañuelo, el dinero y otras cosas por el estilo.

Un día, el señor Dolón salió en busca de trabajo. Llevaba envuelto en un papel algo de comer, aunque se lo guardaba para cuando tuviese mas hambre. Esperaba que la suerte le permitiera encontrar trabajo y entonces se podría comprar un buen pedazo de queso para acompañar el pan seco que tenía.

Precisamente se disponía a bajar por la calle, cuando oyó unos gritos pidiendo socorro. Miró para ver quien era y vio a una señora, ya anciana, que lo llamaba desde la ventana.

—Se ha roto la tubería del cuarto de baño y se está llenando la casa de agua. Haga el favor de subir a ayudarme.

El señor Dolón se apresuró a entrar en la casa. En el recibidor se quitó la chaqueta y la colgó con el sombrero. Luego se arremangó la camisa y subió al piso superior.

¡Dios mío, que espectáculo!. El agua salía de un agujero enorme de una de las tuberías y había inundado el cuarto.

—Pondré mi dedo pulgar en el agujero y mientras tanto, vaya usted a buscar al fontanero. Vaya deprisa, porque de lo contrario tendrá que salir a nado.

—¡Muchas gracias! ¡muchas gracias! —dijo la anciana señora, echando a correr.

El señor Dolón esperó por espacio de veinte minutos sin quitar el dedo del agujero y entonces llegó la buena señora con el fontanero, quien no tardó en contener la salida del agua. Añadió que cambiaría aquella cañería.

—Le doy a usted muchísimas gracias, es usted muy amable. —Dijo la anciana al señor Dolón.

—No vale la pena —contestó el hombrecillo con la mayor cortesía—. Me alegro de haberle sido útil. Voy abajo a ponerme la chaqueta.

Así lo hizo y, al salir a la calle, empezó a silbar alegremente, por haber tenido ocasión de ser útil.

—¡Hola Dolón! —le dijo un amigo que le vio—. ¿Dónde has estado?.

El señor Dolón le contó su aventura.

—Eres un buen hombre —le dijo su amigo, el señor Potel, que le quería mucho—. Me gustaría hacer algo en tu favor. Siempre has sido pobre y nunca has gozado de la vida.

—¡Ah! —exclamó suspirando el señor Dolón—. ¡Cuánto me gustaría que volviese el buen tiempo antiguo de las hadas!. Entonces quizá me concediesen la facultad de expresar algún deseo y así tendría cuanto necesitara.

El señor Potel acompañó a su amigo, y a la hora de comer, se sentaron en un lugar soleado. El amigo del señor Dolón llevaba pan tierno, salchichas y un buen pedazo de pastel.

—¿Y tú que tienes Dolón?.

—Pues un poco de pan seco y nada más —contestó suspirando—. Me gustaría tener pan tierno y salchichas, como tú. Luego, para postre, un pastelillo de hojaldre con crema.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó el paquetito. Lo desenvolvió y se quedó mirando con el mayor asombro.

—¡Qué barbaridad, mira! —exclamó—. ¡Mira!. Se ha cumplido mi deseo. Salchichas, pan y el pastelito de crema mas estupendo que se ha visto. Sin duda aún existe la magia.

El amigo de Dolón se quedó mirándole con los ojos y la boca muy abiertos. Aquello le pareció algo muy sorprendente. El señor Dolón comió con mucho gusto.

Nunca lo había hecho de aquella manera, el pastelito era delicioso y en cuanto a la salchicha, sabrosa a más no poder.

—Te has ensuciado la boca y las narices de crema —le dijo Potel—. Tienes una cara muy rara.

El señor Dolón metió la mano en el otro bolsillo en busca del pañuelo, y cuando lo sacó, su asombro fue todavía mayor.

—¡Mira! —exclamó entusiasmado—. Mi pañuelo era de algodón y estaba roto y este, en cambio, es nuevo, de seda y de color azul. No hay duda ninguna de que todavía existe la magia.

—¡Es maravilloso! —contestó Potel—. Bueno Dolón, siempre he dicho que merecías tener un poco de buena suerte y me alegro de que, por fin, te haya favorecido.

El señor Dolón sonrió muy satisfecho. Se limpió la crema de la nariz y se guardó el pañuelo.

—Bueno, he de marcharme —dijo—. Me han avisado que en el otro extremo del pueblo necesitan un jardinero. Voy a ver si consigo el empleo.

—Como yo voy también por ese camino —dijo Potel—. Cogeré el autobús porque está demasiado lejos para ir a pie.

—Yo no tengo bastante dinero para eso —contestó Dolón, metiendo la mano en el bolsillo—. No me queda más que una moneda de diez céntimos.

Sacó, en efecto, una moneda, pero se quedó con la boca abierta al ver que era una peseta.

—¡Mira esto!, la moneda de diez céntimos se ha convertido en una peseta. ¿Viste alguna vez algo igual?.

Potel sintió crecer todavía más su asombro. Tomó la moneda, la mordió para saber si era buena y se convenció de que, en efecto, lo era.

—Ahora ya podrás tomar el autobús. El billete no cuesta más que diez céntimos.

Así pues, ambos subieron al autobús y el señor Dolón disfrutó mucho del trayecto, porque hacía ya bastante tiempo que no había podido permitirse semejante lujo.

—¿Quieres un cigarrillo? —le preguntó Potel—. Me sobra uno.

—¡Hombre!, te lo agradezco mucho. Quisiera ser yo quien te lo ofreciera, pero no tengo tabaco.

—No lo asegures, mas vale que antes busques en tus bolsillos.

El señor Dolón siguió el consejo, y en efecto, sacó una cajetilla llena de cigarros.

—Esto es extraordinario —exclamó—. Hoy es uno de los días más felices de mi vida. ¡Qué suerte tan grande!

Cada uno de ellos tomó un cigarrillo y aunque el señor Dolón nunca compraba cerillas, metió la mano en el bolsillo para ver si hallaba una caja. Y como esperaba, la encontró. Encendieron pues los cigarrillos, y muy satisfechos empezaron a fumar.

—Mira a ver si tienes alguna otra cosa en los bolsillos —le aconsejó Potel—. Es posible que todo se haya transformado en algo mejor.

El señor Dolón buscó en sus bolsillos y se quedó pasmado. Primero encontró un hermoso par de guantes forrados de piel. Luego otro pañuelo de seda amarillo, dos lápices magníficos y una preciosa pluma estilográfica. También encontró un librito de notas, un monedero con diez pesetas y una carterita.

—¿Qué habrá dentro? —preguntó Potel—. Inclinandose para mirar, verdaderamente hoy te favorece la suerte.

Dolón abrió la carterita y dentro halló unas cuantas tarjetas de visita.

—Son tarjetas —exclamó—. A ver si llevan mi nombre. ¡Qué importancia voy a darme!

Sacó una de las tarjetas, la leyó dos veces, se frotó los ojos y volvió a mirar.

—Escucha Potel, —dijo a su amigo—. ¿Tú ves mi nombre aquí?

—No —contestó el otro sorprendido—. Dice señor José Mengánez. ¿Qué significa eso?.

—Yo me llamo Dolón —observó éste muy extrañado—. Con toda seguridad la magia se ha estropeado. ¿Porqué demonio habrán puesto el nombre de José Mengánez?.

—Tengo entendido que en este pueblo vive, efectivamente, el señor José Mengánez. He oído hablar de él. Aunque no me explico que su nombre figure en las tarjetas que hay en tu carterita. Eso es muy raro.

En aquel momento se le ocurrió al señor Dolón una idea terrible. Palideció, miró con atención su chaqueta roja y se puso lívido, de tal manera que Potel se asustó.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Estás enfermo Dolón?.

—No —contestó el pobre hombre con voz débil—. ¡Oh Potel, me parece que esos bolsillos no tienen nada de mágicos!. Creo...

—¿Qué?, habla aprisa.

—Creo que me he puesto la chaqueta de otro. Apenas me atrevo a mirarla Potel. Dime si hay un remiendo en el hombro derecho.

—No, no hay remiendo alguno.

—Dime también si falta un botón en la manga derecha.

—Aquí no falta ningún botón —le dijo su amigo—.

—Pues en tal caso —replicó Dolón con voz temblorosa—, esa chaqueta no es mía. ¡Dios mío!, ¿que haré?.

—¿Pero como es posible que te hayas puesto la chaqueta de otra persona?.

—¿Te acuerdas que te he contado que esta mañana fui a casa de una señora, porque se le había reventado una cañería del baño?. Pues bien, antes de subir me quité la chaqueta y el sombrero y los colgué en el recibidor. Al bajar, me volví a poner la chaqueta, pero sin duda tomé la de la otra persona. Así se explica que en los bolsillos hubiese cosas tan estupendas.

—¿De modo que las salchichas y el pastelillo no eran cosa de magia?, ¿perteneían a otro?.

—Si —dijo el señor Dolón muy triste—. Y yo me lo he comido. Después hemos fumado y usado los fósforos. Además he ensuciado de crema el pañuelo y lo peor es que he gastado algún dinero. ¿Qué haré?, pobre de mí.

—Pues no tienes mas remedio que volver allí y confesarlo — dijo Potel con cara de pena.—. Lo siento mucho por ti Dolón, pues realmente llegué a figurarme que habías tenido una gran suerte. Y al final ha resultado toda una desdicha para ti.

El señor Dolón hizo parar el autobús y bajó. Potel le imitó.

—Te acompañaré —le dijo—. Le diré a la buena señora que te figuraste que todo esto había ocurrido por arte de magia y que nunca tuviste la sospecha de que te comías lo de otra persona.

Los dos amigos se dirigieron a la casa de la anciana. Llegaron allá a media tarde y cuando por fin, se vieron ante la casa, oyeron una voz fuerte que, en una de las habitaciones delanteras de la casa decía:

—Mi buena comida se ha transformado en un poco de pan seco. Han desaparecido mis cigarrillos, mis lápices, mi pluma estilográfica, los guantes nuevos y los pañuelos de seda. Alguien me habrá lanzado una maldición. ¡Dios mío, que desagradable es eso!. Soy muy desgraciado.

—Bueno, entremos y le diremos al señor Mengáñez lo que ha ocurrido —murmuró Potel.

Los dos amigos recorrieron el sendero y llamaron a la puerta principal. La anciana fue a abrir, e hizo entrar a Dolón y a su compañero, y les llevó a una habitación muy cómoda, en donde un viejecito tan redondo y regordete como Dolón se paseaba de un lado a otro.

—Disculpe —dijo Dolón con voz insegura—. He venido a decirle que a causa de un error y por ser tan semejantes nuestras chaquetas, esta mañana me llevé la de usted, dejándome la mía.

—¡Alabado sea Dios!,—exclamó el viejo—. Así pues, no me han lanzado maldición alguna, sino que encontré la comida de usted, su pañuelo rojo... Bueno, me alegro.

—Pues, por mi parte, me figuré que me había favorecido algún encantamiento. Supuse que su comida era mía y que el pan seco se había transformado en algo mejor. Lamento haber fumado dos cigarrillos de su cajetilla y gastado algo de su dinero, sin contar con que le he ensuciado de crema su pañuelo azul.

La viejecita empezó a reírse y su marido le imitó.

—¡Es curioso, curiosísimo! —exclamó.

— A mi no me parece nada divertido —replicó el señor Dolón—. No puedo devolverle su comida o sus cigarrillos, porque no tengo dinero ni trabajo.

—En tal caso, eso ya no es divertido —contestó el anciano—. Y dígame, ¿cómo fue que se puso mi chaqueta?.

El señor Dolón se lo contó.

—¡Ah!, ¿de modo que usted es la bondadosa persona que esta mañana ayudó a mi esposa?. Bueno pues sepa usted que necesito un buen jardinero y que además pueda ayudar a mi esposa, si ocurre algo desagradable en la casa. ¿Le gustaría el cargo?.

El señor Dolón apenas pudo contestar a causa de la alegría. Aquel empleo era el que estaba buscando. Potel habló a favor de su amigo, asegurando que era muy buena persona, de modo que el anciano lo contrató en el acto.

—Así pues, en definitiva, ha sido un día de suerte para mí —dijo Dolón—. Poniéndose su propia chaqueta, después de haberse quitado la que no le pertenecía. Ahora soy muy feliz.

Y salió en compañía de su amigo Potel, ambos muy contentos.

FIN

Lo que hizo una sonrisa

Gema Gil Gutiérrez





<https://cuentosinfantiles.top>

Benito era un niño que jamás había tenido un abrigo en toda su vida. Tan solo en una ocasión pudo gastar una moneda y nunca olvidó tal acontecimiento. No obstante, se consideraba muy feliz, y su madre estaba muy contenta con él:

—Mira, mamá —decía Benito—, por lo que más siento ser pobre, es porque nunca puedo dar nada a nadie. No me es posible hacer un buen regalo a Lucía, nuestra vecinita, el día de Navidad, ni tampoco a Tomás el día de su santo. Y ni siquiera puedo dar una moneda al ciego que hay en la esquina, a pesar de que me gustaría mucho poder hacerlo.

—Pero querido hijo —exclamó su madre sorprendida—. ¿Qué importa que no puedas hacer regalos caros a la gente? Siempre puedes obsequiarles con otras cosas.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo, una alegre sonrisa. Si ves a alguien cargado de paquetes, puedes ofrecerle tu ayuda para llevarlos. Por la calle puedes saludar amablemente a todos los conocidos. Fíjate, por ejemplo, en el pobre feo señor Tristán, que vive en la calle inmediata. Nadie le dirige una sonrisa ni una mirada de simpatía y estoy segura de que ha de vivir muy triste y solo, sin un amigo en el mundo.

Benito reflexionó acerca de lo que acababa de decirle su madre. En efecto, tenía mucha razón. A pesar de que no disponía de dinero para comprar regalos destinados a otras personas, podía en cambio repartir sonrisas y amabilidades. Y decidió empezar aquel mismo día.

Por la mañana fue a hacer algunas compras para su madre. Se llevó una red, porque debía comprar patatas. Una vez en la calle buscó con la mirada al viejo señor Tristán; Benito le tenía un poco de miedo, porque aquel personaje poseía unas cejas muy pobladas que sabía fruncir de un modo amenazador.

En efecto, bajando por la calle, vio llegar al señor Tristán, con cara de muy pocos amigos. En cuanto se halló a muy poca distancia de él, Benito se quitó la gorra y le dio cortésmente los buenos días y sonrió. Benito tenía una sonrisa muy simpática que agradaba a todo el mundo.

El señor Tristán se quedó tan sorprendido que ni siquiera se acordó de devolver aquella sonrisa. Se quedó mirando a Benito como si no pudiera creerse lo que veía. El niño continuó su camino, satisfecho de haber sonreído, aunque sintiendo un desengaño, porque el señor Tristán no había correspondido. Ha sido una sonrisa tirada, pensó Benito. Pero no fue así, porque una sonrisa no se pierde nunca. Oíd ahora lo que fue de aquella y os convenceréis.

El señor Tristán continuó su camino, seguía pensando en la sonrisa de Benito, que dio algún calor a su frío y solitario corazón. Al llegar a su casa fue a mirarse al espejo. Vio en él a un viejo de aspecto irritado, sucio, descuidado y triste. ¡Qué aspecto tan desagradable tenía!

A pesar de todo, debe de haber algo agradable en mi aspecto, porque de lo contrario aquel muchacho no me hubiera sonreído, pensó el señor Tristán. Yo, por mi parte siempre me he figurado ser un viejo feo, amargado, malhumorado y colérico, que odiaba a los chiquillos y no tenía un solo amigo en el mundo. ¿Me habré equivocado?. Volvió a mirarse y luego se le ocurrió una idea. Pues no creo ser tan malo como todo eso, murmuró. Si estuviera limpio y bien vestido, si mi traje fuese nuevo y bien hecho, si me cortara el cabello y me afeitara, sería un hombre completamente distinto. Y no hay duda de que este muchacho no me hubiera sonreído si yo fuese tan malo y desagradable como quieren dar a entender.

Valía la pena haber visto aquel día al señor Tristán. Se quitó todas sus viejas prendas y tomó un baño caliente. Volvió a ponerse la ropa vieja y, meneando la cabeza, se dijo: Es imposible limpiar y adecentar eso. Voy a encargarme un traje nuevo”.

Salió de casa y, ante todo, entró en la barbería para que lo afeitasen y le cortaran el pelo. Luego se dirigió a casa del señor Costuras, que era el sastre.

—Quisiera un traje nuevo y bonito —dijo—. Algo de colores vivos y alegres. También deseo un sombrero nuevo. ¡Ah, se me olvidaba!, necesito también un abrigo. Hágame el favor de tomarme medidas para todas esas prendas.

El señor Costuras se puso contentísimo. En los últimos tiempos las cosas no le marchaban muy bien y no tenía bastante trabajo. Empezó a tomar las medidas del señor Tristán y le habló alegremente. Y como eran tan pocas las personas que se resolvían a hablar con él, este se puso muy contento al ver que lo hacía el sastre. Por otra parte le pareció muy agradable haber encargado un nuevo traje y pasó un buen rato mientras le tomaban las medidas.

—Mejor será que hagamos dos trajes —dijo de pronto—. Sí, los necesito. Uno de ellos puede ser azul y el otro de color marrón. Además, necesitaré dos sombreros y no uno.

El señor Costuras apenas podía creer lo que estaba oyendo. ¡Cuánto dinero ganaría aquella semana! Y se dijo que así podría enviar a su sobrino un buen regalo de cumpleaños. Eso era muy agradable.

El señor Tristán salió al fin de la tienda sonriente y contento. En cuanto al señor Costuras, el sastre, se sentó para preparar los nuevos encargos y cortar la tela destinada a los dos trajes.

¿Qué le mandaré a Jaime para su cumpleaños? ¿Un libro? Me expongo a enviarle uno que ya haya leído. ¿Qué le voy a mandar?.

Cortó las mangas de una chaqueta, sin dejar de pensar en aquel asunto. Por fin dio con la solución y, muy satisfecho, pensó: “¡Ya lo tengo! Lo mejor será mandarle el dinero. Cinco monedas. Pero, ¿no será mejor que le envíe siete? Es un buen muchacho y yo le quiero mucho, y como ganaré bastante con esos dos trajes, queda decidido, le enviaré siete monedas”.

Después de haber trabajado largo rato, interrumpió la tarea para comer. Una vez lo hubo hecho, salió y envió el dinero a su sobrino. Hecho esto se volvió a casa muy satisfecho.

¡Cuántas cosas había hecho ya aquella sonrisa! Fue la causa de que el señor Tristán se comprase varias prendas de ropa, dio un alegrón al sastre y le permitió mandar un poco de dinero a su sobrino.

Jaime no esperaba de su tío tan buen regalo para su cumpleaños. En realidad no esperaba cosa alguna porque le constaba que el señor Costuras era pobre y no podía desprenderse de la menor suma. Por otra

parte el mismo Jaime no se acordaba del cumpleaños, porque había un asunto que le tenía muy preocupado y triste. Ello era su perrito Leal. Tenía seis meses de edad y era preciso adquirir un permiso. Según el reglamento referente a los perros, no podía circular ninguno por la calle de más de seis meses de edad sin que su dueño hubiese adquirido el necesario permiso. Este se vendía en el pueblo al precio de siete monedas. Y el pobre Jaime no tenía ningún dinero. No había que pensar tampoco que su padre se lo pagara, pues no le era posible. Y el pobre muchacho estaba triste y preocupado, porque quería a Leal con todo su corazón.

—¡Oh, Leal, si no puedo comprar el permiso para ti, cualquier día podrán llevársete! —decía abrazando a su amiguito—. Todos los perros han de tener permiso y tu careces de él. ¿Por qué creces tan deprisa? ¡Y si te llevasen yo tendría un disgusto de muerte!

Leal, muy triste, como si le hubiese comprendido, lamió la mano de su amo. Ignoraba de qué se trataba, pero le causó gran dolor ver llorar a Jaime.

Ya os podéis imaginar cuál fue la alegría del muchacho al ver que se presentaba un correo y que, por orden de su tío, le entregaba siete monedas. ¡Cuánto dinero! ¡Y precisamente aquel era el precio de un permiso para tener perro!

Junto al dinero llegó una carta de su tío que decía:

Querido Jaime: como no sé lo que necesitas o deseas el día de tu cumpleaños, te he mandado algún dinero. Gástatelo en lo que prefieras y se feliz. Tu tío que te quiere, Costuras.

Jaime dio una vuelta, saltando, en torno de la cocina y empuñando al mismo tiempo el dinero. Muy excitado llamó a su padre y a Leal, y este último se puso tan contento al ver la alegría de su amo, que lo acompañó ladrando y saltando a su vez. Aquella misma mañana salieron los dos para adquirir el permiso, y tanto en su viaje de ida como de vuelta ambos corrían y saltaban con el mayor júbilo.

Jaime adquirió, pues, el permiso y luego, acompañado del perro, se dirigió al río con objeto de ir al establecimiento de su tío, a darle las gracias por su magnífico regalo.

Dio la casualidad de que Benito también iba por la orilla del río. Iba a hacer algunas compras para su madre, igual que el día anterior, y el camino del río era el más corto para llegar a la tienda donde se dirigía. Mientras iba corriendo, tropezó con una de las raíces de un árbol y se cayó, con tan mala suerte que empezó a rodar por la orilla hacia el agua, hundiéndose en ella con gran ruido, pero el muchacho, agitando brazos y piernas con el mayor frenesí, asomó la cabeza a la superficie y empezó a pedir socorro con todas sus fuerzas ya que no sabía nadar.

Jaime se acercó al agua, pero alguien se le anticipó. Este fue Leal, el cachorro, que, a pesar de serlo, era ya grande y fuerte. Se dio cuenta de la caída de Benito y oyó su chapoteo al llegar al agua. Y como quería mucho a su joven amo, sentía la mayor simpatía por los muchachos de su edad. Esta fue la razón de que, a su vez, se arrojase al agua con el propósito de salvar al que se hallaba en la corriente.

Sin vacilar un instante saltó al río y empezó a nadar en dirección al punto en el que se hallaba Benito. Con sus fuertes dientes agarró la chaqueta del muchacho y empezó a nadar con él hacia la orilla. En ella esperaban ya algunos curiosos que le ayudaron a sacar al muchacho. Luego ovacionaron al perro, mientras algunos casi lloraban de alegría al ver que Benito se había salvado.

—¡Buen perro, Leal! ¡Buen perro! —exclamó Jaime, muy orgulloso de él—. Tienes muy merecido el permiso que me ha costado siete monedas. ¡Oh, sí!

—¡Es el mejor perro del mundo! —dijo Benito dándole un abrazo—. Me ha salvado la vida. ¡Qué mojado estoy!

—Ven conmigo a casa de mi tío —dijo Jaime—. Vive cerca de aquí y allí podrás secarte. No tengas reparo, porque es un hombre muy bueno.

Benito acompañó a Jaime a casa de su tío Costuras, el sastre. Muy pronto se vio ante un buen fuego, envuelto en una manta, en tanto que el señor Costuras le secaba la ropa, colgándola de unas sillas que expuso al calor de las llamas.

Mientras hablaban los tres, se presentó el señor Tristán con objeto de enterarse de cómo andaba la confección de sus trajes. Como advirtió la

agitación que reinaba en la casa, preguntó la causa de ella y le explicaron lo ocurrido. Manifestó interés por ver al muchacho salvado y en cuanto estuvo en la cocina se quedó muy sorprendido reconociendo a Benito, que aún continuaba ante el fuego envuelto en la manta.

—¡Caramba! Es el amable muchacho que me sonrió ayer. Bueno, bueno. No te puedes imaginar el bien que me hizo tu sonrisa, muchacho. Hizo que me sintiera tan bueno, que acabé viniendo aquí para encargarme algunas prendas de ropa. ¿No es así, señor Costuras?

—Sin duda, señor —contestó el sastre—. Y el encargo de usted me alegró muchísimo, porque andaba algo escaso de trabajo. Además esos trajes me permitieron mandar a mi sobrino un regalo de cumpleaños. ¿Has recibido el dinero, Jaime?

—Oh, sí, tío —exclamó el muchacho, dándole un abrazo—. A causa de lo ocurrido había olvidado darte las gracias, pero ahora tengo mucho placer en manifestarte mi agradecimiento.

—¿Y en qué vas a gastarte ese dinero? —preguntó su tío.

—Ya lo he gastado. He adquirido un permiso para poder tener a Leal. Precisamente veníamos del pueblo cuando vimos que Benito se caía al río. Entonces Leal se arrojó al agua y lo salvó.

De pronto todos guardaron silencio, pues cada uno se sumió en sus propias reflexiones. Benito pensaba en el maravilloso encadenamiento de los sucesos y luego habló diciendo:

—Me ha salvado mi propia sonrisa. Si yo no hubiese sonreído ayer al señor Tristán, este habría continuado tan malhumorado como siempre, y no hubiera sentido el deseo de encargarme nueva ropa. Sin este encargo, el señor Costuras no habría tenido el dinero suficiente para hacer un regalo a Jaime. Y si este no hubiese recibido las siete monedas, no le habría sido posible adquirir el permiso para tener a Leal y, por consiguiente, el perro no habría podido salir a la calle, así, cuando yo me caí al río, ni Jaime ni su perro Leal me hubiesen visto y es posible que yo me hubiera ahogado. Por consiguiente, mi sonrisa, la que mi madre me recomendó dirigir a todo el mundo, ha sido la causa de mi propia salvación.

—¡Esto es maravilloso! —exclamó el señor Tristán—. ¿Quién hubiese creído que una sonrisa era capaz de hacer todo eso?

—¡Y yo que me figuré haber desperdiciado inútilmente una sonrisa!— exclamó Benito—. Pero no fue así. Mamá asegura que las sonrisas y las palabras bondadosas no se pierden nunca, y ahora veo que tiene razón.

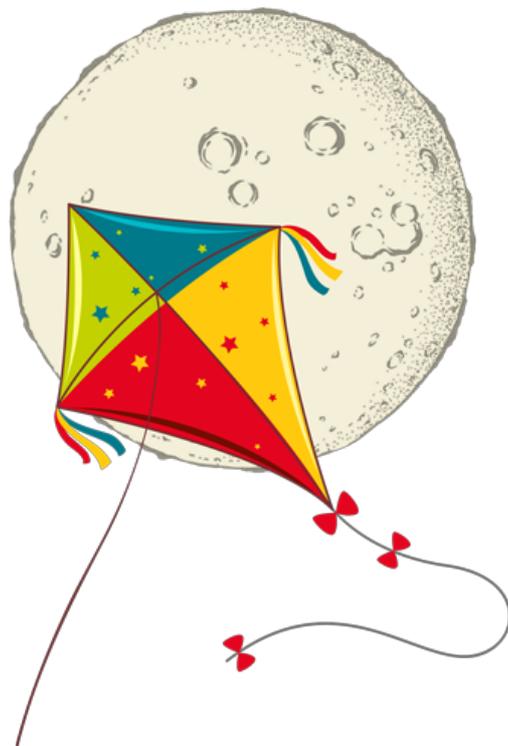
Bueno, ¿qué os parece? No creáis que aquí acaba el efecto de aquella sonrisa, ni muchísimo menos. Por su causa, Jaime, Benito y Leal se hicieron grandes amigos. El señor Costuras, el sastre, hizo tan hermosos trajes para el señor Tristán que, gracias a ellos, alcanzó gran fama y tuvo que ampliar su establecimiento. En cuanto al señor Tristán, era otro hombre. En adelante se mostró bondadoso, lleno de generosidad, cordial y comprensivo, de modo que cuando lo encontraba algún muchacho, se alegraba de tal suceso, porque el señor Tristán ya no los miraba con ceño, sino amable y sonriente.

Y todo ello se debió a una sonrisa.

FIN

La cometa encantada

Gema Gil Gutiérrez





<https://cuentosinfantiles.top>

En un pueblecito situado a corta distancia del país de las hadas, vivía una comunidad de duendecillos, muy limpios, bondadosos y amigos de favorecerse mutuamente, de modo que eran muy felices. Ninguno de ellos pronunciaba jamás una palabra de enojo, ni tampoco nadie fruncía el ceño o contestaba de mala manera.

Cierto día un geniecillo, llamado Cusquín, fue al pueblo para vivir en él. Pronto se vio que era un individuo desagradable. En primer lugar, era demasiado versado en la magia y cuando alguien no se apresuraba a hacer lo que él pedía, murmuraba algunas fórmulas de encantamiento y entonces a los desdichados les ocurrían cosas muy molestas.

En una ocasión la anciana vendedora de mantequilla no quiso dársela al precio que Cusquín le ofreció y entonces éste para vengarse, pronunció una fórmula mágica, en virtud de la cual la pobre mujer se vio obligada a mirar ceñuda a todo el mundo. Para evitar aquella desagradable necesidad, consistió en vender la mantequilla al precio que deseaba Cusquín, pero él se marchó sonriendo, sin levantar el encantamiento. Otra vez el señor Tipín no le quiso prestar su escoba, porque ya se la había prometido a otra persona. Cusquín murmuró unas palabras mágicas y el pobre señor Tipín se vio dotado de una voz antipática e insultante, que solo le sirvió para hacerse muchos enemigos.

Como se comprende, todos aquellos a quienes se dirigía con su voz seca y autoritaria, le contestaban en igual tono, y por primera vez, se conocieron las disputas en el pueblo, antes tan tranquilo. La vendedora de mantequilla estaba ceñuda todo el día, y cuantos la veían la miraban de igual modo, cosa que originaba multitud de disputas y peleas.

Por todas esas razones, los duendecillos empezaron a sentirse desgraciados.

Entonces el Alcalde del pueblo creyó que había llegado la ocasión de hacer algo. Así que se dirigió a la montaña azulada que existía al este del pueblo, con objeto de visitar la extraña casa que había en la cumbre.

Aquella casa se había construido al revés, de modo que apoyaba en el suelo el tejado y las chimeneas, y los escalones de la puerta se hallaban en la parte mas elevada. Todo era muy raro, pero fue preciso construir la casa así, porque el mago que la ocupaba, siempre andaba con los pies en alto y

la cabeza abajo, a causa de un encantamiento que le salió mal, y naturalmente la vivienda tenía que estar de acuerdo con su situación.

El Alcalde llamó al mago, porque nadie podía entrar en una casa como aquella. El mago salió amablemente a la puerta y se sentó en los escalones que ocupaban la parte superior de la casa. Al alcalde le pareció el colmo de la habilidad el hecho de que no se cayera.

—Buenos días señor mago, ¿cómo esta usted?.

—Muy bien, muchas gracias.

—¿Y cómo esta su hermana, la bruja de la luna? —preguntó cortésmente el Alcalde.

El mago se ponía muy contento cuando le preguntaban por su hermana, porque realmente la quería mucho.

—Esta mañana he recibido carta suya. El geniecillo que tuvo a su servicio por espacio de cien años se ha casado y ella me dice que anda buscando otro. Supongo que no conocerá usted a ninguno que quiera ir allá.

El Alcalde enderezó sus puntiagudas orejitas, pues en el acto pensó en Cusquín. ¡Si pudiese engañarle para que fuera a la luna.

—No sé —dijo—. En nuestro pueblo hay un geniecillo llamado Cusquín. Quizá quiera ir.

—Bueno, dígame que cualquier día de la semana que viene será bueno para hacer el viaje.

—Pero ¿cómo podría llegar al Palacio de la bruja de la luna? —preguntó el Alcalde con el mayor interés.

—¡Oh, le daré mi cometa lunar!. Penetró en la casa y salió enseguida llevando consigo una cometa verde, de tono muy brillante, en la que se veía pintada una cara sonriente. El rabo de la cometa era muy largo y estaba compuesto de plumas amarillas y verdes. Arrojó la cometa al Alcalde de los duendecillos y le dijo:

—Tenga usted mucho cuidado con el cordel. En cuanto lo agarra alguien con las manos desnudas, la cometa se apodera de él y lo transporta a la luna.

—Muchas gracias —contestó el alcalde, en extremo satisfecho.

Le dio luego los buenos días y se volvió al pueblo. Convocó una reunión secreta con los duendecillos, y acordaron un plan. Dos días después, la tiendecita de juguetes del pueblo estaba llena de cometas. No eran tan grandes ni tan bonitas como la verde del mago, que estaba colgada del techo de la tienda, de manera que su rabo llegaba hasta el suelo.

Todos los duendecillos fueron a comprar cometas, aunque ninguno, como podéis adivinar, preguntó por la del mago. Luego el alcalde hizo fijar un cartel en el prado del pueblo. Decía así:

Gran concurso de cometas, el jueves por la tarde.

Venga y gane el premio con su cometa.

Ya se comprende que ésta era una parte del plan convenido entre los duendecillos. Cusquín no sospechaba cosa alguna, y al leer el cartel decidió tomar parte en el concurso de cometas para ver si conseguía el premio. Era muy hábil en muchos ejercicios y sonrió al pensar en el disgusto que tendrían los duendecillos si él salía vencedor.

Se encaminó a la tienda de juguetes y examinó todas las cometas que estaban en venta.

—No me gustan ninguna de esas —dijo con rudeza—. ¿No tiene usted ninguna mejor?.

—¡Oh!, —replicó la dueña del establecimiento—. Tengo una magnífica señor Cusquín, pero la guardaba para el señor Alcalde. Además es cara.

En cuanto Cusquín se enteró que la hermosa cometa estaba reservada al Alcalde, decidió adquirirla. ¡Qué disgusto tendría el Alcalde!. Sin embargo, no estaba dispuesto a pagar un precio elevado. ¡De ninguna manera!.

—Le doy a usted diez euros por esa cometa.

—¡No puede ser! —contestó ella—. Ya le he dicho que es una cometa cara.

—Démela por diez euros, pues, de lo contrario, le voy a lanzar una maldición y cuando quiera hablar empezará a gruñir, sin poder remediarlo.

La dueña del establecimiento se apresuró a descolgar la cometa para entregársela a Cusquín, quien salió llevándosela muy satisfecho. El jueves

por la tarde se encaminó como los demás a la colina, en donde ya se elevaban las cometas, y muy orgulloso, mostró la suya a los duendecillos.

Con gran sorpresa por su parte, no pudo advertir que el Alcalde estuviese disgustado al verse sin la cometa que le estaba destinada. Eso le dio que pensar, pues se dijo que quizá hubiese algo raro en aquella cometa, de manera que, para colmo de precauciones, decidió hacerla probar al Alcalde.

Pero éste se había preparado ya para aquella posibilidad, pues llevaba puestos un par de guantes, a fin de no tocar el cordel con las manos descubiertas. Tomó pues la cometa de Cusquín, desenrolló una parte del cordel y luego llamó a un duendecillo que estaba cerca, para que arrojase la cometa al aire en cuanto soplara una racha de viento. Poco tardó en subir la cometa, que resultaba magnífica vista desde abajo, hasta que, alcanzando mayor altura, apenas de hizo visible.

Cusquín agarró con rudeza el cordel de la cometa. Quería hacerla volar él solo, pues ya se había convencido de que no había ningún peligro.

—Veo que llevas guantes —exclamó en tono burlón dirigiéndose al Alcalde—. ¡Pobre duendecillo, tiene miedo de lastimarse las delicadas manos!

El Alcalde sonrió. El geniecillo se apoderó del cordel y lo soltaba lentamente, a medida que la cometa alcanzaba mayor altura. Pronto se agotaría la provisión de cordel, y entonces, ¿qué le sucedería al burlón geniecillo?.

Todos los duendecillos recogieron sus respectivas cometas y se dispusieron a observar. Cusquín se figuró que querían admirarle y empezó a ponerse chulo. De pronto se terminó el cordel y el geniecillo lo retuvo con fuerza, o mejor dicho, fue el cordel que lo sujetó a él.

En cuanto llegó este momento, la cometa no dejó de ascender, sino todo lo contrario, pues ejerció una fuerza tal contra el geniecillo, que éste se vio levantado en el aire. Quiso soltar el cordel, mas por mucho que se esforzó no pudo conseguirlo. El encanto mágico de la cometa se había apoderado de él. Salió pues disparado por el aire, sin dejar de pedir socorro, pero nadie se prestó a ayudarlo, porque todos estaban muy satisfechos de ver como se alejaba Cusquín.

—Vas ahora al Palacio de la bruja de la luna, para ser su esclavo. Se bueno y trabaja bien, porque de lo contrario, te verás transformado en una araña.

Cusquín profirió un grito de rabia al ver que, a pesar de todo, le habían engañado. Pero de nada le sirvió. No tuvo mas remedio sino continuar su viaje a luna, y muy pronto no fue más que un puntito en el cielo.

—Ya se ha ido —exclamó el Alcalde, muy alegre—. Que suerte tuvimos con la ayuda del mago. Ahora es posible que todos los maleficios que ese tuno puso sobre nosotros desaparezcan dentro de breve tiempo y podamos volver a ser felices de nuevo.

En efecto, pocos días después desaparecieron aquellos maleficios y en el pueblo volvió a reinar la paz y la alegría. En cuanto a Cusquín, Dios sabe como le va a las órdenes de la bruja de la luna. A mi no me importa gran cosa. ¿Y a vosotros?.

FIN

La bruja del Rock

Stephy





<https://cuentosinfantiles.top>

En una cueva sombría y polvorienta, en medio de serpientes y arañas, vivía una vieja, muy vieja, muy, muy vieja mujer. Nadie osaba pronunciar su nombre, porque era una ... Bruja!!

Una tarde de invierno, la luna brillaba en el cielo, redonda como una tarta de queso. La Bruja, un poco loca, se puso a cantar ... Y a tocar las cacerolas con una cuchara! Ella soñaba ... Ella soñaba que era una estrella. Si! Una estrella de rock and roll, mucho más guapa que cualquier hada! Entonces por la noche, se calzó los zuecos, y salió a la nieve camino del pueblo para robar bebés! Y de madrugada, antes del primer rayo de sol, los metió en su cama. Ver para creer! Todas las noches, durante meses, y años, ella les enseñaba a tocar el saxofón, el piano y el ukelele.

—No, no, no! La canción es en La menor —decía inquieta la Bruja—. Poned más atención u os convertiré en babosas!

Un día un productor de espectáculos llamó a la Bruja.

—Hola! —dijo el productor—. ¿Podría dar un concierto en nuestro lindo pueblo, que está en Ceravieja del Mar?

La Bruja no se hizo esperar! Sacó su aspiroreactor del garaje, subió a los niños encima con sus instrumentos y su equipaje, y se marcharon camino de Ceravieja del Mar.

El concierto fue genial y el éxito le llegó enseguida. Pero la Bruja estaba preocupada. ¿Cómo hacer para transportar todo el material en su viejo aspiroreactor? Claro! Por su puesto! Hay que cambiar de modelo! Londres, París, New York ... Allá donde fueran, eran recibidos como los más grandes y alojados en los mejores palacios. Todo el mundo los quería ver! Entonces organizaron un concierto en la Luna. Si, si! En la Luna! Para todos los terrícolas! Más de un millón de espectadores estaban esperando! Invitaron a los padres de los niños que estarían en primera fila, pero ... tenían un poco de miedo de subir en un cohete. No podían perder esa oportunidad así que subieron en esa máquina último modelo y despegaron hacia la Luna.

El concierto fue un éxito. Todavía se habla en Júpiter del concierto! Los saturninos y saturninas bailaban el Hula Hoop. Pero a la

mañana del día siguiente, los niños encontraron a la Bruja tumbada en medio de las arañas y las serpientes. No se movía. Estaba muerta de cansancio.

—Aaah! No puedo más —gimió la Bruja—. No se que me pasa, hace más de trescientos años que no estaba tan cansada.

Entonces, por última vez, los niños tocaron para ella “El Rock de la Bruja”. De repente, como por milagro ... La Bruja se levantó, cogió el micrófono y se puso a cantar más y más fuerte. De repente, todas las estrellas se iluminaron en el cielo y bailaron juntas acompañadas por el Sol. Había nacido una nueva estrella!

FIN

La apuesta del conejo

Gema Gil Gutiérrez





<https://cuentosinfantiles.top>

El zorro y el conejo eran amigos en cierto modo; estaban sentados a la puerta de la casita del conejo, y mientras tanto charlaban entre sí.

–Mira – dijo el conejo señalando el camino –. Ahí viene el viejo oso. Es monstruoso. Estoy seguro que es mucho más fuerte que tú, amigo zorro.

–Claro que sí. Es mucho más fuerte que cualquiera de nosotros. Incluso aventaja al lobo.

–Estás equivocado –contestó el conejo–. El lobo es mucho más vigoroso que el oso, no tienes ni idea de cuanta es su fuerza.

–Pues mira, también se acerca el lobo –observó el zorro–. Ve a preguntarle si quiere jugar a la cuerda con el oso, y así veremos cual de los dos tiene mas fuerza.

El conejo se metió en su casa, sacó una fuerte cuerda y salió de nuevo por la puerta delantera.

–¡Eh!, –gritó al lobo y al oso–. ¿Queréis venir un momento?.

–¿Para qué? –gruñó el oso que parecía estar malhumorado.

–Deseamos que usted y el lobo luchén a la cuerda, para saber cual de los dos es mas fuerte –dijo el conejo, mostrándoles la sogá que sostenía.

–¡Mil estrellas! –exclamó el oso, con acento de rabia–. ¿No sabes que no me trato con el lobo?. ¿Te figuras que voy a interrumpir mi paseo matutino para luchar a la cuerda, a fin de complacerte?.

El lobo no dijo nada. Se limitó a enseñar los dientes al conejo, quien echó a correr, metiéndose en su madriguera con la velocidad de un rayo. No tenía ningún deseo de discutir con el lobo.

El zorro se echó a reír. Siguió al conejo hasta el interior de la casa y le dio un golpe en las costillas.

–¡Ja ja ja! –se reía–. Nunca te he visto correr como hoy, amigo conejo. Sabía que no conseguirías hacer luchar a esos dos. Lo que pasa es que te imaginas ser mas listo de lo que eres. Te figuras que todo el mundo hará lo que tú pidas. ¡Ja ja ja!. Eres un conejo imbécil.

–¡Cállate! –le contestó el conejo enojado–. Y no me vuelvas a dar ningún golpe en las costillas, como acabas de hacer. Tienes las garras demasiado afiladas, amigo zorro, y si quieres ser mi amigo, ten cuidado.

–¡Hombre, no tengo ningún interés extraordinario en ser amigo tuyo! –contestó el zorro, acercándose de un salto al conejo, quien, instantáneamente, fue a guarecerse detrás del sofá–. ¿Quieres que volvamos a ser enemigos?.

–¡Oh, no! –contestó el conejo–. Así está muy bien, amigo zorro. No quise ofenderte. Hemos hecho una tontería disputando acerca de quien es mas fuerte, si el lobo o el oso. Pero, de todos modos, yo creo que el lobo lleva ventaja al oso, y te apuesto cualquier cosa a que les obligaré a luchar a la cuerda, para ver cual es el mas fuerte.

–¡Ah, si! –replicó el zorro–. ¿Crees que lo conseguirás?. Vamos a verlo, amigo conejo.

–¿Y qué me darás si los hago luchar? –preguntó el conejo.

–¿Te acuerdas de aquel pañuelo azul que tanto te gusta, aquel que tiene unos topos amarillos?. Pues bien, te lo daré si consigues hacer que los dos luchen a la cuerda. Pero ten en cuenta que quiero verlos tirar con toda su alma.

–Bueno –replicó el conejo–. Y si yo pierdo, ¿qué te daré?.

–Puedes darme una buena comida –contestó el zorro, dirigiendo una mirada tan hambrienta al conejo, que éste se echó a temblar.

Cuando el zorro se marchó, el conejo se sentó para buscar el medio de hacer luchar al lobo contra el oso. Por fin decidió ir a visitar a cada uno de ellos, para preguntarles, con la mayor amabilidad si tendrían la bondad de luchar uno contra el otro, para salvarlo de ser devorado por el zorro. Así pues, se puso su mejor sombrero, se cepilló la chaqueta y se encaminó a la vivienda del oso.

Éste habitaba en una casa situada en lo alto de una colina. Cuando el conejo llamó a su puerta, estaba profundamente dormido. Se despertó sobresaltado y del malhumor para ver quien llamaba.

–¡Ah!, eres tú conejo. ¿Qué quieres? –gruño.

El conejo se lo dijo y el oso le miró airado.

–Mira, me revienta el lobo –gruño–. Por lo tanto has de saber que me importa un comino que el zorro te devore o no. ¡Vete!.

Cerró de un portazo y el conejo se alejó muy triste. Bajó por la vertiente de la colina, hacia el río que corría al pie. Allí, precisamente, estaba la casa del lobo. El conejo se acercó a la puerta principal y se disponía a entrar, con objeto de referir al lobo su triste historia, pero se detuvo.

–Aun en el caso de que logre convencer al lobo para que luche con el oso, no servirá de nada, porque el oso gruñón no querrá agarrarse al otro extremo de la cuerda –pensó el conejo–. Más vale que me vaya a casa y busque otra idea mejor.

Así lo hizo y durante cuatro horas y media estuvo reflexionando. De pronto apareció una sonrisa en su rostro. Acababa de ocurrírsele una idea.

Esperó al día siguiente y a última hora de la tarde tomó la caña de pescar, y de nuevo se fue a la casa del oso. Esperó a que éste saliera a la puerta de su casa a respirar el aire fresco de la tarde y entonces echó a andar silbando alegremente.

–¡Eh, conejo! –gritó el oso–. ¿Vas a pescar?.

–Si –contestó el conejo, deteniéndose–. Conozco un lugar estupendo, en donde se hacen pescas maravillosas. Voy a coger peces a centenares.

El oso se lamió el hocico, porque le gustaba mucho el pescado.

–¿Quieres que te acompañe? –preguntó.

–¡Oh, no!. Asustaría usted a los peces, señor oso. Pero si quiere algún pescado, le daré todos los que desee.

–Eres muy amable –contestó el oso sonriendo–. ¿Querrás traérmelos aquí, amigo conejo?. Hay mucha distancia desde este lugar al río.

–Sí, se los traeré –contestó el conejo–. Pero como no quiero hacer el camino cargado de pescado, haremos una cosa que acaba de ocurrírseme. ¿Ve usted esta cuerda?, pues bien, tome una punta y yo llevaré la otra

hasta el río. Cuando ya tenga una carga de pescado, la ataré al extremo de la cuerda y daré tres tirones para que usted sepa que ya puede tirar del cesto.

–¡Magnífico! –replicó el oso. De este modo ni tú ni yo tendremos que hacer un largo recorrido. Espera un poco y te daré una cesta para que pongas el pescado para mí, amigo conejo.

Fue en busca de un cesto enorme y dentro puso un tarro de miel, de modo que, al verlo, el conejo sintió que se le hacía la boca agua. Luego dio al oso un extremo de la cuerda.

–Vale más que se la ate entorno del cuerpo –dijo–. Porque a lo mejor esta usted dormido cuando yo de los tres tirones para anunciarle que el cesto ya está lleno. Así despertará fácilmente y podrá empezar a tirar de la cuerda.

El oso se ató la cuerda en torno a la cintura y el conejo empezó a bajar por la vertiente de la colina, llevando el otro extremo de la cuerda. Escondió la caña de pescar entre unas matas y se acercó despacio a la casita del señor lobo, silbando cuanto fuerte pudo.

El lobo asomó la cabeza por la puerta y vio que se acercaba el conejo.

–¿Adónde vas a esta hora de la tarde? –preguntó.

–A cazar perdices –contestó el conejo–. He descubierto un nuevo modo de cazarlas. En la cumbre de la colina hay varios nidos y me parece que antes de que llegue la mañana tendré ya diez hermosas perdices en mis trampas.

–¿Quieres que te acompañe? –preguntó el lobo con el mayor interés.

–¡Oh, no! –contestó el conejo–. Las asustaría usted, señor lobo, pero si quiere, haremos una cosa. Le regalaré dos o tres perdices. Me van a sobrar y es una lástima que se estropeen.

–Sin duda sería una lástima –contestó el lobo–. Bueno, ¿querrás traérmelas, amigo conejo?. No tengo deseo de subir hasta lo alto de la colina para bajar luego.

–Sí, pero yo tampoco tengo ningún interés en venir cargado hasta aquí, para verme obligado a subir de nuevo a la cima. Voy a decirle a usted lo que haremos. Acabo de tener una buena idea. Mire, tome el extremo de esta cuerda y yo me encargaré del otro. Cuando haya cogido las perdices, ataré unas cuantas y luego daré tres tirones a la cuerda, con objeto de que usted pueda tirar de ella y arrastrar las perdices hasta su casa.

–Es una buena idea –dijo el señor lobo–. Mira, como voy a acostarme temprano, me ataré la cuerda en torno a la cintura, por si acaso das los tirones mientras duerma. Así me despertaré y empezaré a tirar.

–Supongo que daré el aviso a la salida del sol –contestó el conejo–. A esa hora es cuando son más eficaces mis trampas para coger perdices. Bueno, adiós, señor lobo.

–Espera un momento –exclamó el lobo–. En el cobertizo tengo medio saco de zanahorias. Si quieres, puedes llevártelas.

–Muchas gracias –contestó el conejo.

Fue al cobertizo y se cargó al hombro el medio saco de zanahorias. Luego, a duras penas, empezó a subir por la pendiente; en el camino se encontró con la señora perdiz y le encargó que vigilase la cuerda para que nadie la tocara. Después recogió la caña de pescar y el cesto del oso, con el tarro de miel, y se marchó a su casa, alegre a más no poder.

Un poco antes de la salida del sol fue a llamar a la puerta del zorro.

–¡Eh, amigo zorro! –gritó–. Ven a presenciar la lucha a la cuerda del oso y del lobo. Ahora sabremos cual es el mas fuerte de los dos.

–Vete a mentir a otra parte –contestó el zorro enojado.

–No miento –replicó el conejo, llamando de nuevo a la puerta, ante el temor de que el zorro se durmiese otra vez–. Levántate zorro, porque ya esta todo dispuesto y así podrás presenciar el espectáculo. Y no te olvides de tú pañuelo azul con topos amarillos, porque pronto será mío.

El zorro se sentó sobre la cama y prestó atención. Luego echo pie a tierra, se vistió y se guardó en el bolsillo el pañuelo azul.

–¿Ya sabes lo que habrás de darme si no hay lucha a la cuerda? –preguntó al conejo en el momento de salir de su casa. Pero no te creo, porque estoy convencido de que nadie sería capaz de obligar al oso y al lobo a levantarse a esta hora para luchar a la cuerda. Y te advierto que si te burlas de mí te arrepentirás.

–Ven y lo verás –contestó el conejo impaciente–. Les he dicho a los dos que antes de salir el sol daré tres tirones a la cuerda y entonces han de empezar a tirar de ella. El oso se halla en la cima de la colina y el lobo al pie de ella. Date prisa, porque sino llegaremos tarde.

El conejo llevó al zorro al lugar en que la señora perdiz vigilaba hacia mitad de la cuerda. Esta aparecía floja sobre el suelo, porque ni el oso ni el lobo se habían despertado aún.

El conejo dio tres tirones en cada dirección y en el acto se despertaron el oso y el lobo; cada uno de ellos salió a la puerta de su casa y ambos empezaron a tirar con fuerza de la cuerda. El zorro podía verlos a los dos desde el lugar en que se hallaba y se quedó asombrado a mas no poder.

Entre el lobo y el oso pusieron la cuerda tirante y, sin saberlo, luchaban uno contra el otro. Ambos eran fuertes y de vigor tan semejante, que ninguno de ellos fue capaz de hacer dar al otro un solo paso.

–¡Caray, que gordas deben ser las perdices! –murmuró el lobo, enardecido por la resistencia.

–¡Mil estrellas! –gruñó el oso–. ¡Pues no pesa poco el cesto de pescado que el conejo ha atado al extremo de la cuerda! –exclamó bufando.

El conejo, el zorro y la señora perdiz presenciaban la escena con el mayor interés. De pronto, tanto el oso como el lobo, entusiasmados por la esperanza de regodearse, uno con los pescados y el otro con las perdices, empezaron a avanzar sin dejar de tirar de la cuerda, con la idea de recoger su respectivo botín.

Como se comprende, se encontraron a la mitad del camino y al ver que ambos no habían hecho mas que luchar a la cuerda, se pusieron furiosos, aunque no por eso dejaron de tirar, porque ninguno quería darse por vencido.

–¿Qué has hecho de mi pescado? –gritó el oso lleno de cólera.

–¿Y que has hecho tú de mis perdices? –chilló furioso el lobo.

Ninguno de los dos se fijó en el conejo, el zorro y la perdiz, que se morían de risa. De repente ambos soltaron la cuerda a la vez y se arrojaron uno contra el otro, dándose una feroz paliza.

Al fin, y cuando ya estaban fatigados, comprendieron la pesada broma de que el conejo les hiciera víctimas, pero ya éste se había alejado. El zorro, entonces, metió una pata delantera en el bolsillo y pudo notar que tampoco estaba allí el pañuelo azul.

Cuando volvió a ver al conejo notó que muy satisfecho, lo llevaba en torno al cuello.

–¡Hola, amigo zorro! –exclamó el conejo–. ¿Qué te parece mi corbata?.

Y dicho esto, salió corriendo para evitar los efectos del enojo de su compañero.

FIN

El Vals de los Lobos

Stephy





<https://cuentosinfantiles.top>

Cuando el día llega su fin, la luna redonda y blanca está en lo alto del cielo, sobre el bosque de los lobos. Todo está en calma, entonces la luna empieza a descender y se esconde entre los grandes árboles, la oscuridad es tan negra como el carbón.

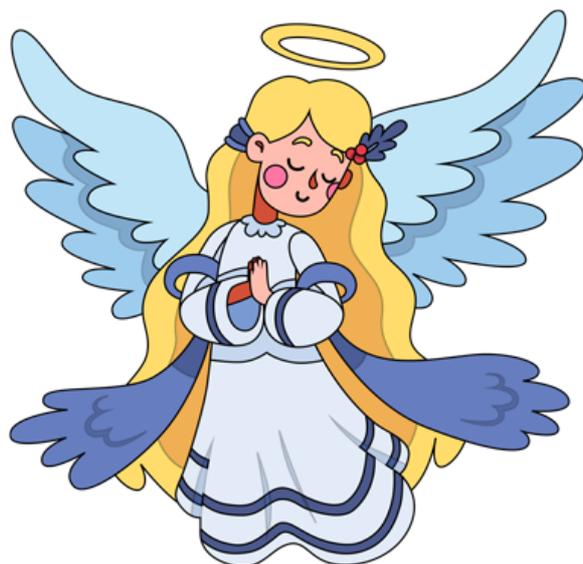
Algo se mueve en la penumbra. Un crujido! Una sombra furtiva! De repente, una luz! Un ojo penetrante! Dos ojos brillantes! Y luego otra vez la pesada oscuridad. En medio de un claro del bosque, se empieza a distinguir una extraña figura que se levanta despacio, subiendo hacia el cielo. Extraños personajes sobre dos patas actúan en esta obra. Pero, incluso al aguzar el oído, hay silencio absoluto. Notas de acordeón resuenan en el frescor de la noche, los tambores le responden. De repente, el fuego nace de esa figura de madera con una luz caliente y brillante, y se puede ver una manada de lobos sentados en el suelo. El baile empieza, girando, dando vueltas, volteando, acariciando las llamas. Los lobos bailan, vuelan ligeros alrededor del ardiente fuego.

En el bosque de los Lobos, ningún animal se mueve, petrificados por la fuerza lobuna que surge de la oscuridad. Hasta las serpientes se alejan en silencio para evitar ese lugar sagrado. Toda la noche, al son de los acordeones, lobos y lobas cantan y bailan como poseídos. ¿De verdad son lobos? ¿Son más humanos que nosotros? Un pálido resplandor rojo se dibuja en el cielo, allá, al este. Entonces un viejo levanta su bastón bien alto, hacia el firmamento. Y uno a uno desaparecen todos, dejando como única prueba de su paso un gran círculo negro y quemado en medio del claro. Un rastro de ceniza en la bruma de noviembre. El fuego muere pero los lobos todavía están vivos ...

FIN

El niño que quería ver a su ángel

Jacqueline Balcells





<https://cuentosinfantiles.top>

Todo niño tiene un ángel que se llama igual que él y que lo cuida mañana, tarde y noche. Son los ángeles de la guarda que no comen, ni duermen, ni descansan nunca. Pero ciertas noches de verano, cuando sus niños están durmiendo muy cansados y tranquilos, sus ángeles salen de puntillas de su pieza y salen a juntarse en el árbol más grande del vecindario. Y allí, reunidos a la luz de las estrellas como una bandada de pájaros nocturnos y transparentes, se cuentan unos a otros las maravillas, alegrías y desastres de sus niños. Como tienen el oído finísimo, cada ángel oye respirar a su ahijado aunque este duerma a cuatro cuadras de distancia; y si alguna pesadilla o algún dolor lo despierta, el ángel de la guarda vuelve a su lado en un suspiro.

Los ángeles adoran al niño o niña que Dios les confió, aunque sea feo o bonito, bueno, egoísta o mentiroso. Y aunque con su mirada de ángel nunca dejan de darse cuenta de las debilidades de su ahijado, siempre encuentran algo bueno, único y precioso que solo tiene su niño y que comentan en sus juntas nocturnas sobre los árboles.

Así, una noche estrellada, uno de los treinta y tres ángeles de la guarda posados en la copa del árbol más alto del barrio, contó la historia del niño que quería ver a su ángel.

—Simón, mi ahijado —comenzó diciendo el ángel—, es un niño que no se parece a ningún otro niño. Cuando su mamá le enseñó por primera vez esa oración que nuestros ahijados nos rezan en la noche y que empieza “Ángel de mi guarda, dulce compañía...”, mi Simón la abrumó a preguntas:

—¿Dónde está mi ángel, mamá? ¿Por qué no lo veo? ¿Tiene alas como los pájaros o manos como nosotros? Y cuando yo corro, ¿vuela para seguirme? ¿Y cuando duermo, se pone a dormir también o solo me cuida?

—Sé que todos los niños hacen ese tipo de preguntas —siguió el ángel de Simón—, y sé que los padres contestan con respuestas vagas que al poco tiempo se olvidan. Pero mi ahijado no. Él siguió preguntando y preguntando a tal punto, que su mamá, desesperada, acabó por prohibirle que mencionara mi nombre.

—No sé más... ¡Me vas a volver loca!

—¡Pero es que yo tengo que saber cómo es! —insistió Simón.

—Sé bueno y lo sabrás —respondió ella, para que la dejara tranquila.

—Si soy muy bueno, ¡¡¿podré verlo?!!! —gritó Simón.

Y su madre, sin pensar en las consecuencias, respondió:

—Sí, si eres muy bueno podrás verlo.

Desde ese día Simón cambió por completo. De egoísta que era, se puso generoso. Sus juguetes, que antes guardaba cuidadosamente y no se los prestaba a nadie, ahora estaban desparramados por toda la casa como si fueran de sus hermanos menores; de rabioso que era, se puso manso; en la casa no volvió a gritarle a nadie y de flojo que era se puso estudioso.

¿Pero creerán, hermanos ángeles, que yo no estaba contento con los cambios de Simón, sino que me asustaban? Porque Simón se portaba así de bien, no porque quisiera de verdad ser bueno, sino porque calculaba que portándose bien yo me sentiría obligado a mostrarme.

—Ángel ¿viste cómo Juan me empujó a la salida del colegio y yo no le pegué? —me preguntaba en la noche antes de dormirse—. ¿No te parece que estoy más bueno? ¿Cuándo te voy a ver?

Luego se ponía a escudriñar todos los rincones de la pieza como si yo estuviera jugando a las escondidas. Y como no me veía, cada día se proponía ser aún más bueno y leer el libro latoso que le había recomendado la profesora y ayudar a su mamá a ordenar la casa.

Y pasó al fin lo que tenía que pasar. Sus compañeros se aburrían de él y le dijeron que era un tonto que no sabía defenderse; los profesores dejaron de interrogarlo cansados de que siempre supiera el doble que los otros; sus hermanos perdieron interés en sus juguetes. Simón se fue poniendo triste, perdió el apetito, enflaqueció y finalmente cayó en cama, enfermo.

—Entonces, hermanos ángeles —siguió contando— mi compasión por mi pobre ahijado fue tan grande que decidí hacer lo que casi nunca hacemos: subir a conversar con nuestro jefe Gabriel. Y cuando llegó la noche y Simón se quedó dormido, salí de su pieza y crucé el cielo de los cóndores, crucé el cielo de las nubes más altas, crucé el cielo de la luna y de las estrellas, crucé la costa de chispas y llegué hasta la torre de rayos que ustedes conocen. Entré, subí por la escalera de los relámpagos y llegué ante el trono de don Gabriel.

—¿A qué has venido? —me preguntó, mirándome con los soles brillantes de sus ojos—. ¿Acaso tu ahijado ha dejado de vivir en la tierra y tu guardia llegó a su fin?

—¡No, no señor! Mi ahijado vive todavía, pero está muy mal. Es por eso que he venido a pedirte permiso para aparecerme ante él...

Don Gabriel se quedó mirándome, como si no entendiera lo que había venido a pedirle, pero había entendido muy bien, porque luego de un rato, que se me hizo eterno, me dijo:

—¡No, querido ángel! ¡Nada de apariciones! Lo siento mucho. Vas a tener que descubrir algún modo completamente natural de ayudarlo, para que nadie pueda ni siquiera sospechar que lo ayudaste.

Al oír esto, mi desaliento fue tan grande que hasta mis alas se opacaron. ¿Cómo iba a ayudar a un niño enfermo de ganas de verme si no me permitían aparecer ante él?

Me quedé ahí con la cabeza agachada y en silencio ante el trono de nuestro jefe, hasta que se compadeció de mí y me dijo:

—¡Ánimo, ángel! Tu ahijado Simón es un caso raro, pero han existido algunos aun más raros en la larga historia humana. ¿Por qué no vas a consultar a los ángeles de los muertos? Más de uno debe haber pasado lo mismo que tú.

No bien lo escuché, di media vuelta y partí. Había recobrado la esperanza, la luz y la fuerza de mis alas, y seguí camino hasta el monte radiante donde van a reunirse los ángeles cuando sus ahijados mueren. Y allí, entre más chispas y centellas, me encontré con millones de hermanos que reunidos igual que nosotros treinta y tres en este árbol, conversaban sobre las penas y alegrías con los ahijados que les tocó cuidar durante su vida en la Tierra. Allí escuché a los ángeles de San Francisco y Santa Teresa aconsejando a los ángeles de Judas y de Pilatos cómo preparar su defensa ante Dios; vi también al ángel de Napoleón conversando con el ángel de doña Victorita, la dueña del kiosko de esta plaza que acaba de morir; al ángel de Beethoven con el de John Lennon y al de Picasso con el de Gabriela Mistral. Pero como a mí me faltaba la pluma de oro que llevan los ángeles de los muertos, en un momento la infinita multitud reunida allí en la punta de luz hizo silencio y se quedó mirándome amablemente.

Entonces, en pocas palabras, me apresuré en exponer el drama de mi Simón y pedí la ayuda de alguno que hubiera tenido un ahijado semejante.

Los millones de ángeles se miraron; luego diez mil dieron un paso adelante; después cien avanzaron otro poco; finalmente diez quedaron frente a mí y se miraron; y el último paso hacia donde yo estaba lo dio un solo ángel. Era alto y calvo, de ojos penetrantes, una enorme barba blanca y unas alas con un toque de rojo italiano en sus plumas.

—Mi ahijado —comenzó— vivió en la tierra hace unos cinco siglos y sus ansias por verme eran muy parecidas a las del tuyo. Y creyendo equivocadamente que le bastaba con ser más bueno para poderme ver, no solo se dejaba maltratar por sus pequeños amigos, sino que hacía sacrificios como caminar a pie pelado por un campo de ortigas hasta que se llenaba de heridas o sobre la nieve hasta que se ponía azul de frío. Y noche tras noche me preguntaba: “¿No soy bueno, acaso? ¿Cuándo te veré? ¡Quiero verte, quiero verte!” Entonces yo, desesperado igual que tú, pedí permiso a don Gabriel para mostrarme. Pero también me lo negó. Volví a la tierra, desilusionado, pero no vencido. Y pensé y pensé con verdadera furia hasta que encontré una manera. Y un día, después de un fuerte temporal, cuando mi niño estaba solo en el patio de muros de adobe de su casa, me puse a soplar la gran pared que estaba empapada por la lluvia. Donde yo soplabla, el barro de la superficie se secaba y aparecía una mancha más clara. Y soplando por aquí y por allá, fui dejando solamente algunas partes húmedas, las que vistas desde el lugar donde estaba sentado mi ahijado formaron una silueta de un hombre con dos inmensas alas oscuras. Luego di un brinco hasta el cielo, soplé las nubes, se abrió un claro azul y los rayos del sol cayeron e iluminaron la figura del muro. Mi ahijado levantó la vista, abrió desmesuradamente los ojos y comenzó a gritar: “¡El ángel, el ángel!” Toda la familia salió al patio, alarmada por sus gritos, pero ya las manchas húmedas del muro se iban evaporando y nadie alcanzó a distinguir la figura alada. Sus padres los atribuyeron a la imaginación, los hermanos se burlaron y los primos le dijeron que era un loco. Pero ese fue su remedio, porque sin importarle lo que le decían, desde ese día se dedicó con increíble perseverancia a pintar el muro trasero del patio para rehacer el ángel que ciertamente había visto. Nunca más me interrogó ni trató de hacerme aparecer con sacrificios, pero con sus óleos y pinceles me hizo aparecer muchas veces a lo largo de su vida. ¡Fue un gran artista mi ahijado Leonardo da Vinci!

Esa fue la historia que me contó Leonardo, el ángel calvo con alas de aire italiano. Y apenas terminó su relato, una idea brilló en mi cabeza. Me despedí con tres besos que sonaron a música y partí volando monte abajo. Crucé otra vez la costa de chispas, descendí entre estrellas y atravesé las nubes hasta llegar junto al rostro flaco y pálido de mi ahijado dormido. Y por primera vez en mucho tiempo sonreí junto a él: ¡al fin tenía un remedio!

Los treinta y dos ángeles que lo escuchaban posados en el árbol ni se movían, tan atentos estaban al relato. Entonces el ángel de la guarda de Simón, igual que si fuera un mago, hizo aparecer entre sus alas un enorme cuaderno que se elevó agitando sus hojas por el aire, hasta quedar posado en la punta del árbol.

—Este cuaderno, que les mostraré, lleva un importante título —dijo entre tímido y orgulloso— y en él podrán apreciar el final de mi historia.

Los ángeles se miraron entre sí, un poco perplejos. —Pero... ¿tu niño se mejoró? —preguntó uno.

—¿Ya no te pide verte? —siguió otro.

—¿Soplaste un muro húmedo, como Leonardo?

—Les voy a contar lo que sucedió: mi niño estaba enfermo en cama, y en el lugar no había muros de barro ni lluvia, como en el caso de Leonardo. ¡No se me ocurría qué hacer! Hasta que una mañana, al ver la bandeja blanca en que la mamá de Simón traía el desayuno, se me ocurrió que la bandeja podía hacer de muro y la leche con chocolate de lluvia. Esperé que la mamá saliera de la pieza y cuando mi niño, después de haberse comido una tostada con miel se llevó el tazón a los labios para beber el primer sorbo, rocé su nariz con un aire del grosor de una pelusa. Instantáneamente, Simón estornudó y un chorro del líquido se derramó sobre la bandeja blanca. Entonces yo, más rápido que el rayo, fui soplando de aquí para allá hasta que la leche fue formando una figura con alas color chocolate. Mi ahijado miró la bandeja, abrió mucho los ojos y un poco la boca, se puso más pálido de lo que ya estaba y gritó con todas sus fuerzas: “¡Mamáaa: mi ángel, este es mi ángel!” Pero en su excitación dobló una pierna, la bandeja se movió y el líquido corrió hasta el borde. Cuando su mamá y hermanos, asustados por los gritos, llegaron a la pieza, del ángel no quedaba más que una sombra oscura sobre el cubrecamas. Demás está

decirles que sus hermanos se rieron de él y la mamá lo retó por haber derramado la leche y además gritar como un loco, asustándola. Pero cuando al día siguiente lo sorprendió dibujando en la bandeja con el dedo untado en el tazón del desayuno, en vez de retarlo fue y le compró un cuaderno y lápices. Fue así cómo mi ahijado comenzó a pintar y el ánimo volvió a su vida.

Los treinta y dos ángeles sonrieron: la historia los había llenado de alegría, aunque luego de un rato uno preguntó:

—Pero... ¿cómo puedes estar seguro de que sanó? ¿Cómo sabes que no te va a volver a pedir que te aparezcas?

—Estoy seguro de que sanó: se lo pasa feliz dibujando y en las noches ya no me pregunta si es bueno, solo le interesa saber si es buen pintor. Miren esto...

Y volvió a abrir el cuaderno de Simón. Pasó rápidamente unas hojas con borrones color chocolate y otras con unas figuras torcidas, hasta llegar a una página donde había un dibujo casi perfecto.

—¡Ohhhh! —exclamaron todos en un coro de voces puras—. ¡¡¡Qué maravillaaa!!!

—¡Es precioso! —De verdad, tu ahijado sanó...

—¡Sí! —dijo el ángel de Simón, enrojeciendo hasta sus alas de puro contento.

Bajo el título *Mi ángel de la huarda*, había dibujado, tan bien que parecía vivo, un colorido pájaro, parecido a un queltehue, con las alas desplegadas.

FIN

El famoso cohete

Oscar Wilde





<https://cuentosinfantiles.top>

El hijo del rey estaba en vísperas de casarse. Con este motivo el regocijo era general. Estuvo esperando un año entero a su prometida, y al fin llegó ésta.

Era una princesa rusa que había hecho el viaje desde Finlandia en un trineo tirado por seis renos, que tenía la forma de un gran cisne de oro; la princesita iba acostada entre las alas del cisne. Su largo manto de armiño caía recto sobre sus pies. Llevaba en la cabeza un gorrito de tisú de plata y era pálida como el palacio de nieve en que había vivido siempre. Era tan pálida que al pasar por las calles se quedaban admiradas las gentes.

–Parece una rosa blanca –decían. Y le echaban flores desde los balcones.

A la puerta del castillo estaba el príncipe para recibirla. Tenía unos ojos violeta y soñadores y sus cabellos eran como oro fino. Al verla hincó una rodilla en tierra y besó su mano.

–Su retrato era bello –murmuró–, pero usted es más bella que su retrato – y la princesita se ruborizó.

–Hace un momento parecía una rosa blanca –dijo un pajecillo a su vecino–, pero ahora parece una rosa roja.

Y toda la Corte se quedó extasiada.

Durante los tres días siguientes todo el mundo no cesó de repetir:

–¡Rosa blanca, rosa roja! ¡Rosa roja, rosa blanca!

Y el rey ordenó que diesen doble paga al paje.

Como él no percibía paga alguna, su posición no mejoró mucho por eso; pero todos lo consideraron como un gran honor y el real decreto fue publicado con todo requisito en la Gaceta de la Corte.

Transcurridos aquellos tres días, se celebraron las bodas. Fue una ceremonia magnífica. Los recién casados pasaron, cogidos de la mano, bajo un dosel de terciopelo granate, bordado de perlitas. Luego se celebró un banquete oficial que duró cinco horas. El príncipe y la princesa, sentados al extremo del gran salón, bebieron en una copa de cristal purísimo. Únicamente los verdaderos enamorados podían beber de esa copa, porque si la tocaban unos labios falsos, el cristal se empañaba, quedándose gris y manchoso.

–Es evidente que se aman –dijo el pajecillo– Resultan tan claros como el cristal. Y el rey volvió a doblarle la paga. –¡Qué honor! –exclamaron todos los cortesanos.

Después del banquete hubo baile. Los recién casados debían bailar juntos la danza de las rosas, y el rey tenía que tocar la flauta. La tocaba muy mal, pero nadie se había atrevido a decírselo nunca, porque era el rey. La verdad es que no sabía más que dos piezas y no estaba seguro nunca de la que interpretaba, aunque esto no le preocupase, pues hiciera lo que hiciera todo el mundo gritaba:

–¡Delicioso! ¡Encantador!

El último número del programa consistía en unos fuegos artificiales que debían empezar exactamente a medianoche.

La princesita no había visto fuegos artificiales en su vida. Por eso el rey encargó al pirotécnico real que pusiera en juego todos los recursos de su arte el día del casamiento de la princesa.

–¿A qué se parecen los fuegos artificiales? –preguntó ella al príncipe, mientras se paseaban por la terraza.

–Se parecen a la aurora boreal –dijo el rey, que respondía siempre a las preguntas dirigidas a los demás–. Sólo que son más naturales. Yo los prefiero más que a las estrellas, porque sabe uno siempre cuándo van a empezar a brillar y son, además, tan agradables como la música de mi flauta. Ya verá... Ya verá...

Así, pues, levantaron un tablado en el fondo del jardín real; y no bien acabó de prepararlo todo el pirotécnico real, cuando los fuegos artificiales se pusieron a charlar entre sí.

–El mundo es seguramente muy hermoso –dijo un pequeño buscapiés– Miren esos tulipanes amarillos. ¡A fe mía, ni aun siendo petardos de verdad podrían resultar más bonitos! Me alegro mucho de haber viajado. Los viajes desarrollan el espíritu de una manera asombrosa y acaban con todos los prejuicios que haya uno podido conservar.

–El jardín del rey no es el mundo, joven loco –dijo una gruesa candela romana–. El mundo es una extensión enorme y necesitarías tres días para recorrerlo por entero.

–Todo el lugar que amamos es para nosotros el mundo –dijo una rueda unida en otro tiempo a una vieja caja de pino y muy orgullosa de su corazón destrozado–; pero el amor no está de moda; los poetas lo han matado. Han escrito tanto sobre él, que nadie los cree ya, cosa que no me extraña. El verdadero amor sufre y calla... Recuerdo que yo misma, una vez... pero no se trata de eso aquí. El romanticismo es algo del pasado.

–¡Qué estupidez! –exclamó la candela romana–. La novela no muere nunca. ¡Se parece a la luna: vive siempre! Realmente, los recién casados se aman tiernamente. He sabido todo lo concerniente a ellos esta mañana por un cartucho de papel oscuro que estaba en el mismo cajón que yo y que sabe las últimas noticias de la Corte.

Pero la rueda meneó la cabeza. –¡El romanticismo ha muerto! ¡El romanticismo ha muerto! El romanticismo ha muerto! –murmuró.

Era una de esas personas que creen que repitiendo una cosa cierto número de veces acaba por ser verdad.

De pronto se oyó una voz fuerte y seca y todos miraron a su alrededor. Era un pequeño cohete de altivo continente atado a la punta de un palo. Tosía siempre antes de hacer una advertencia, como para llamar la atención.

–¡Ejem! ¡Ejem! –exclamó.

Y todo el mundo se dispuso a escucharle, menos la pobre rueda, que seguía moviendo la cabeza y murmurando:

–¡El romanticismo ha muerto!

–¡Orden! ¡Orden! –gritó un petardo. Tenía algo de político y había tomado siempre parte importante en las elecciones locales. Por eso conocía las frases empleadas en el Parlamento.

–¡Ha muerto del todo! –suspiró la rueda. Y se volvió a dormir.

No bien se restableció por completo el silencio, el cohete tosió por tercera vez y comenzó. Hablaba con una voz clara y lenta, como si dictase sus memorias, y miraba siempre por encima del hombro a la persona a quien se dirigía. Realmente, tenía unos modales distinguidísimos.

–¡Qué feliz es el hijo del rey –observó–, por casarse el mismo día en que me van a disparar! Ni preparándolo de antemano podría resultar mejor para él; aunque los príncipes siempre tienen suerte.

–¿Ah, sí? –dijo el pequeño buscapiés–. Yo creí que era precisamente lo contrario y que era a ti a quien se disparaba en honor del príncipe.

–Ese quizá sea vuestro caso –replicó el cohete–. Casi se diría que estoy seguro de ello; pero en cuanto a mí, ya es diferente. Soy un cohete distinguido y desciendo de padres igualmente distinguidos. Mi madre era la girándula más célebre de su época. Tenía fama por la gracia de su danza. Cuando hizo su gran aparición en público, dio diecinueve vueltas antes de apagarse, lanzando por el aire siete estrellas rojas a cada vuelta. Tenía tres pies y medio de diámetro y estaba fabricada con pólvora de la mejor. Mi padre era cohete como yo y de origen francés. Volaba tan alto, que la gente temía que no volviese a descender. Descendía, sin embargo, porque era de excelente constitución e hizo una caída brillantísima, en forma de lluvia, de chispas de oro. Los periódicos se ocuparon de él en términos muy halagüeños, y hasta la Gaceta de la Corte dijo «que señalaba el triunfo del arte pilotécnico».

–Pilotécnico, pirotécnico, querréis decir –interrumpió una bengala–. Sé que es pirotécnico porque he visto la palabra escrita sobre mi caja de hojalata.

–Pues yo digo pilotécnico –replicó el cohete en tono severo. Y la bengala se quedó tan apabullada, que empezó inmediatamente a mortificar a los buscapiés pequeños para demostrar que ella también era persona de bastante importancia.

–Decía yo... –prosiguió el cohete–, decía yo.... ¿qué es lo que yo decía?

–Hablabas de ti mismo –repuso la candela romana.

–Naturalmente. Sé que hablaba de alguna cosa interesante cuando he sido groseramente interrumpido. Odio la grosería y las malas maneras, porque soy extremadamente sensible. No hay nadie en el mundo tan sensible como yo, estoy seguro de ello.

–¿Qué es una persona sensible? –preguntó el petardo a la candela romana.

–Una persona que porque tiene callos pisa siempre los pies a los demás –respondió la candela en un débil murmullo, y el petardo casi estalló de risa.

–¡Perdón! ¿De qué se ríen? –preguntó el cohete–. Yo no me río.

–Me río porque soy feliz –replicó el petardo.

–Es un motivo bien egoísta –dijo el cohete con ira–. ¿Qué derecho tienes para ser feliz? Debes pensar en los demás, debes pensar en mí. Yo pienso siempre en mí y creo que todo el mundo debería hacer lo mismo. Eso es lo que se llama simpatía. Es una hermosa virtud y yo la poseo en alto grado. Suponed, por ejemplo, que me sucediese algún percance esta noche. ¡Qué desgracia para todo el mundo! El príncipe y la princesa no podrían ya ser felices: se habría acabado su vida de matrimonio. En cuanto al rey, creo que no podría soportarlo. Realmente, cuando empiezo a pensar en la importancia de mi papel, me emociono hasta casi llorar.

–Si quieres agradar a los demás –exclamó la candela romana–, harías mejor en manteneros en seco.

–¡Ciertamente! –exclamó la bengala, que no estaba de muy buen humor–, eso es sencillamente de sentido común.

–¿Crees que es de sentido común? –replicó el cohete indignado–. Olvidas que yo no tengo nada de común y que soy muy distinguido. ¡A fe mía todo el mundo puede tener sentido común con tal de carecer de imaginación! Pero yo tengo imaginación, porque nunca veo las cosas como son. Las veo siempre muy diferentes de lo que son. En cuanto a eso de mantenerme en seco, es que no hay aquí, con toda seguridad, nadie que sepa apreciar a fondo un temperamento delicado. Afortunadamente para mí, no me importa nada. La única cosa que le sostiene a uno en la vida es el convencimiento de la enorme inferioridad de sus semejantes, y éste es un sentimiento que he mantenido siempre en mí. Pero ninguno de ustedes tiene corazón. Gritan y se regocijan como si el príncipe y la princesa no estuviesen celebrando sus bodas.

–¡Eh! –exclamó un pequeño globo de fuego–. ¿Y por qué no? Es una alegre ocasión, y cuando estalle yo en el aire pienso comunicárselo a todas las estrellas. Ya verás cómo brillarán cuando les hable de la bella recién casada.

–¡Oh, qué concepto más banal de la vida! –dijo el cohete–. Pero no me esperaba yo menos. No hay nada en ti. Eres hueco y vacío. ¡Bah! Quizá el príncipe y la princesa se vayan a vivir en un país en que haya un río profundo, quizá tengan un solo hijo, un pequeñuelo de pelo rizado y de ojos violeta como los del príncipe. Quizá vaya algún día a pasearse con su

nodriza. Quizá la nodriza se duerma debajo de un gran sauce. Quizá el niño se caiga al río y se ahogue. ¡Qué terrible desgracia! ¡Los pobres, perder su único hijo! Es terrible, realmente. No podré soportarlo nunca.

–Pero no han perdido su único hijo –dijo la candela romana– No les ha sucedido ninguna desgracia.

–No he dicho que les haya sucedido –replicó el cohete–. He dicho que podía sucederles. Si hubiesen perdido a su hijo único, sería inútil decir nada sobre el suceso. Detesto a las personas que lloran por su cántaro de leche roto. Pero cuando pienso que han perdido a su hijo único, me siento verdaderamente tristísimo.

–Ya lo veo –exclamó la bengala– Realmente eres la persona más afectada que he visto en mi vida.

–Y tú la persona más grosera que he conocido –dijo el cohete–. No puedes comprender mi afecto por el príncipe.

–¡Bah! Ni siquiera lo conoces... –chisporroteó la candela romana.

–No, nunca dije que le conociera –respondió el cohete– Me atrevo a decir que si le conociese no sería de ningún modo amigo suyo. Es cosa peligrosa conocer uno a sus amigos.

–Mejor harías en mantenerte seco –dijo el globo de fuego–. Eso es lo más importante.

–Para ti no dudo que será importantísimo –respondió el cohete–. Pero yo lloraré si me viene en gana.

Y el cohete estalló en lágrimas que corrieron sobre su vara en gotas de lluvia, ahogando casi a dos pequeños escarabajos que pensaban precisamente en fundar una familia y buscaban un bonito sitio seco para instalarse.

–Debe tener un temperamento verdaderamente romántico, pues llora cuando no hay por qué llorar –dijo la rueda, y lanzando un profundo suspiro, se puso a pensar en la caja de madera.

Pero la candela romana y la bengala estaban indignadas. Gritaban con toda su fuerza: –¡Pamplinas! ¡Pamplinas! Eran muy prácticas y cuando se oponían a algo lo denominaban pamplinas.

Entonces apareció la luna como un soberbio escudo de plata y las estrellas comenzaron a brillar y llegaron al palacio los sonos de una música. El príncipe y la princesa dirigían el baile. Bailaban tan bien que los pequeños lirios blancos echaban un vistazo por la ventana contemplándolos, y las grandes amapolas rojas movían la cabeza, llevando el compás.

En aquel momento sonaron las diez, luego las once y luego las doce, y a la última campanada de medianoche todo el mundo fue a la terraza y el rey hizo llamar al pirotécnico real.

–Empezad los fuegos artificiales –dijo el rey.

Y el pirotécnico real hizo un profundo saludo y se dirigió al fondo del jardín. Tenía seis ayudantes. Cada uno llevaba una antorcha encendida sujeta a la punta de una larga pértiga. Fue realmente una soberbia irradiación de luz.

–¡Ssss! ¡Ssss! –hizo la rueda, que empezó a girar.

–¡Bum! ¡Bum! –replicó la candela romana.

Entonces los buscapiés entraron en danza y las bengalas colorearon todo de rojo.

–¡Adiós! –gritó el globo de fuego mientras se elevaba haciendo llover chispitas azules.

–¡Bang! ¡Bang! –respondieron los petardos, que se divertían muchísimo.

Todos tuvieron un gran éxito, menos el cohete. Estaba tan húmedo por haber llorado que no pudo arder.

Lo mejor que había en él era la pólvora, y ésta se hallaba tan mojada por las lágrimas que estaba inservible. Toda su pobre parentela, a la que no se dignaba hablar sin una sonrisa despectiva, produjo un gran alboroto por el cielo, como si fuesen magníficos ramilletes de oro floreciendo en fuego.

–¡Bravo! ¡Bravo! –gritaba la Corte. Y la princesita reía de placer.

–Creo que me reservan para alguna gran ocasión –dijo el cohete–. Indudablemente es eso –y miraba a su alrededor con aire más orgulloso que nunca.

Al día siguiente vinieron los obreros a colocarlo todo de nuevo en su sitio. «Evidentemente es una comisión –se dijo el cohete–. Los recibiré con una tranquila dignidad.»

Y engallándose empezó a fruncir las cejas como si pensase en algo muy importante. Pero los obreros no se dieron cuenta de su presencia hasta dejarlo atrás. Entonces uno de ellos le vio.

–¡Ah! –gritó–. ¡Qué mal cohete! Y le tiró por encima del muro.

–¡Mal cohete! ¡Mal cohete! –dijo éste girando por el aire– ¡Imposible! Famoso cohete, eso es lo que han querido decir. Mal y famoso suenan para mí casi lo mismo, y a veces ambas cosas son idénticas.

Y cayó en el lodo.

–No es esto muy cómodo –observó–, pero sin duda es algún balneario de moda a donde me han enviado para que reponga mi salud. Mis nervios están muy desgastados y necesito descanso.

Entonces una ranita de ojillos brillantes, de traje verde moteado, nadó hacia él.

–Ya veo que es un recién llegado –dijo la rana–, ¡Bueno! Después de todo no hay nada como el fango. Denme un tiempo lluvioso y un hoyo y soy completamente feliz... ¿Cree que la tarde será calurosa? Así lo espero, porque el cielo está todo azul y despejado. ¡Qué lástima!

–¡Ejem! ¡Ejem! –dijo el cohete.

–¡Qué voz más deliciosa tienes –gritó la rana–. Parece el croar de una rana y croar es la cosa más musical del mundo. Ya oirás nuestros coros esta noche. Nos colocamos en el antiguo estanque de los patos junto a la alquería y en cuanto aparece la luna empezamos. El concierto es tan sublime que todo el mundo viene a oírnos. Ayer, sin ir más lejos, oí a la mujer del colono decir a la madre que no pudo dormir ni un segundo durante la noche por nuestra causa. Es muy agradable ver lo popular que es una.

–¡Ejem! ¡Ejem! –dijo el cohete. Estaba muy molesto de no poder salir de su mutismo.

–Sí, ¡una voz deliciosa! –prosiguió la rana–. Espero que venga al estanque de los patos. Voy a echar un vistazo a mis hijas. Tengo seis hijas soberbias

y me inquieta mucho que el solo tope con ellas... Es un verdadero monstruo y no sentiría el menor escrúpulo en comérselas. Así es que ¡adiós! Me agrada mucho su conversación, se lo aseguro.

–¿Y llama conversación a esto? –dijo el cohete–. Ha charlado usted sola todo el rato. Eso no es conversación.

–Alguien tiene que escuchar siempre –replicó la rana–, y a mí me gusta llevar la voz cantante en la conversación. Así se ahorra tiempo y se evitan disputas.

–Pues a mí me gusta la discusión –dijo el cohete.

–No lo creo –replicó la rana con aire compasivo–. Las discusiones son completamente vulgares, porque en la buena sociedad todo el mundo tiene exactamente las mismas opiniones. Adiós otra vez. Veo a mis hijas allá abajo.

Y la ranita se puso a nadar nuevamente.

–Es usted una persona antipática –dijo el cohete– y mal educada. Detesto a las gentes que hablan de sí mismas como usted, cuando necesita uno hablar de uno mismo, como en mi caso. Eso es lo que se llama egoísmo, y el egoísmo es una cosa aborrecible, sobre todo para los que son como yo, pues bien conocen todos mi carácter simpático. Debe tomar ejemplo de mí. No podría encontrar un modelo mejor. Ahora que tiene esa oportunidad, aprovéchela sin tardanza, porque voy a la Corte en seguida. Soy muy estimado en la Corte. Ayer, el príncipe y la princesa se casaron en mi honor. Seguramente no estará enterada de nada de esto, ¡como es provinciana!

–No se moleste en hablarle –dijo la libélula posada en la punta de una espadaña– Se ha ido.

–Bueno, ¡ella se lo pierde y yo no! No voy a dejar de hablar sólo porque no me escuche. Me gusta oírme hablar. Es uno de mis mayores placeres. Sostengo a menudo largas conversaciones conmigo mismo, y soy tan profundo, que a veces no comprendo ni una palabra de lo que digo.

–Entonces debe de ser licenciado en Filosofía –dijo la libélula.

Y desplegando sus lindas alas de gasa, se elevó hacia el cielo.

–¡Qué necesidad demuestra al no quedarse aquí! –dijo el cohete–. Estoy seguro de que no habrá tenido muy a menudo la oportunidad de educar su espíritu; aunque después de todo me es igual. Un genio como el mío será apreciado con toda seguridad algún día.

Y se hundió un poco más en el fango.

Pasado un rato, una gran pata blanca nadó hacia él. Tenía las patas amarillas, los pies palmeados y la consideraban como una gran belleza por su contoneo.

–¡Cuac!, ¡cuac!, ¡cuac! –dijo–. ¡Qué aspecto más raro tiene! ¿Puedo preguntarle si ha nacido así o si es el resultado de algún accidente?

–¡Cómo se ve que ha vivido siempre en el campo! De otro modo sabría quién soy. Sin embargo, disculpo su ignorancia. Sería descabellado querer que los demás fueran tan extraordinarios como uno mismo. Sin duda le sorprenderá saber que vuelo por el cielo y que caigo en una lluvia de chispas de oro.

–No lo considero muy estimable –dijo la pata–, pues no veo en qué puede ser eso útil a nadie. ¡Ah! Si arase los campos como un buey; si arrastrase un carro como el caballo; si guardase un rebaño como el perro del ganado, entonces ya sería otra cosa.

–Buena mujer –dijo el cohete con tono muy altivo–, veo que pertenece a la clase baja. Las personas de mi rango no sirven nunca para nada. Tenemos un encanto especial y con eso basta. Yo mismo no siento la menor inclinación por ningún trabajo y menos aún por esa clase de trabajos que enumera. Además, siempre he sido de opinión que el trabajo rudo es simplemente el refugio de la gente que no tiene otra cosa que hacer en la vida.

–¡Bien, bien! –dijo la pata, que era de temperamento pacífico y no reñía nunca con nadie–. Cada cual tiene gustos diferentes. De todas maneras, deseo que venga a establecer aquí su residencia.

–¡Nada de eso! –exclamó el cohete. Soy un visitante, un visitante distinguido y nada más. El hecho es que encuentro este sitio muy aburrido. No hay aquí ni sociedad ni soledad. Resulta completamente de barrio bajo... Volveré seguramente a la Corte, pues estoy destinado a causar sensación en el mundo.

–Yo también pensé en entrar en la vida pública –observó la pata–. ¡Hay tantas cosas que piden reforma! Así, pues, presidí, no hace mucho, un mitin en el que votamos unas proposiciones condenando todo lo que nos desagradaba. Sin embargo, no parecen haber surtido gran efecto. Ahora me ocupo de cosas domésticas y velo por mi familia.

–Yo he nacido para la vida pública y en ella figuran todos mis parientes, hasta los más humildes, Allí donde aparecemos, llamamos extraordinariamente la atención. Esta vez no he figurado personalmente, pero cuando lo hago, resulta un espectáculo magnífico. En cuanto a las cosas domésticas, hacen envejecer y apartan el espíritu de otras cosas más altas.

–¡Oh qué bellas son las cosas altas de la vida! –dijo la pata– ¡Esto me recuerda el hambre que tengo! –Y la pata volvió a nadar por el río, continuando sus ¡cuac..., cuac..., cuac!

–¡Vuelva, vuelva! –gritó el cohete–. Tengo muchas cosas que decirle.

Pero la pata no le hacía caso alguno.

–Me alegro de que se haya ido. Tiene realmente un espíritu mediocre.

Y hundiéndose un poco más en el fango, empezaba a reflexionar en la belleza del genio, cuando de repente dos chiquillos con blusas llegaron al borde de la cuneta con un caldero y unos leños.

–Ésta debe ser la comisión –dijo el cohete. Y adoptó una digna compostura.

–¡Oh! –gritó uno de ellos– Mira este palo viejo. ¡Qué raro es que haya venido a parar aquí!

Y sacó el cohete de la cuneta.

–¡Palo viejo! –refunfuñó el cohete–. ¡Imposible! Habrá querido decir palo precioso. Palo precioso es un cumplido. Me toma por un personaje de la Corte.

–¡Echémosle al fuego! –dijo el otro muchacho–. Así ayudará a que hierva la caldera.

Amontonaron los leños, colocaron el cohete sobre ellos y prendieron fuego.

–¡Magnífico! –gritó el cohete– Me colocan a plena luz. Así todos me verán.

–Ahora vamos a dormir –dijeron los niños– y cuando nos despertemos estará ya hirviendo la caldera.

Y acostándose sobre la hierba cerraron los ojos. El cohete estaba muy húmedo. Pasó un buen rato antes de que ardiese. Sin embargo, al fin, prendió el fuego en él.

–¡Ahora voy a partir! –gritaba.

Y se erguía y se estiraba.

–Sé que voy a subir más alto que las estrellas, más alto que la luna, más alto que el sol. Subiré tan arriba que...

–¡Fisss! ¡Fisss! ¡Fisss!

Y se elevó en el aire.

–¡Delicioso! –gritaba–. Seguiré subiendo así siempre. ¡Qué éxito tengo!

Pero nadie le veía. Entonces comenzó a sentir una extraña impresión de hormigqueo.

–¡Voy a estallar! –gritaba–. Incendiaré el mundo entero y haré tanto ruido, que no se hablará de otra cosa en un año.

Y, en efecto, estalló. –¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!– hizo la pólvora. La pólvora no podía hacer otra cosa.

Pero nadie la oyó, ni siquiera los dos muchachos que dormían profundamente. No quedó del cohete más que el palo, que cayó sobre la espalda de una oca que daba su paseo alrededor de la zanja.

–¡Cielos! –exclamó–. ¡Ahora llueven palos! –Y se tiró al agua. –¡Me parece que he causado una gran sensación! –musitó el cohete. Y expiró.

FIN

El amigo fiel

Oscar Wilde





<https://cuentosinfantiles.top>

Una mañana la vieja rata de agua asomó la cabeza por su agujero. Tenía unos ojos redondos muy vivarachos y unos largos bigotes grises. Su cola parecía un elástico negro. Unos patitos nadaban en el estanque, parecidos a una bandada de canarios amarillos, y su madre, toda blanca con patas rojas, se esforzaba en enseñarles a hundir la cabeza en el agua.

–Nunca podrán estrenarse en sociedad si no aprenden a sumergir la cabeza –les decía.

Y les enseñaba de nuevo cómo tenían que hacerlo. Pero los patitos no prestaban ninguna atención a sus lecciones. Eran tan jóvenes que no sabían las ventajas que reporta la vida de sociedad.

–¡Qué criaturas más desobedientes! –exclamó la rata de agua–. ¡Merecerían ahogarse!

–¡No lo quiera Dios! –replicó la pata–. Todo tiene sus comienzos y nunca es demasiada la paciencia de los padres.

–¡Ah! No tengo la menor idea de los sentimientos paternos –dijo la rata de agua–. No soy padre de familia. Jamás me he casado, ni he pensado en hacerlo. Indudablemente, el amor es una buena cosa a su manera; pero la amistad vale más. Le aseguro que no conozco en el mundo nada más noble o más raro que una fiel amistad.

–Y dígame, se lo ruego, ¿qué idea se forma usted de los deberes de un amigo fiel? –preguntó un pardillo verde que había escuchado la conversación, posado sobre un sauce retorcido.

–Sí, eso es precisamente lo que quisiera yo saber –dijo la pata, y nadando hacia el extremo del estanque hundió la cabeza en el agua para dar ejemplo a sus hijos.

–¡Qué pregunta más tonta! –gritó la rata de agua–. ¡Como es natural, entiendo por amigo fiel al que me demuestra fidelidad!

–¿Y qué hará usted en cambio? –dijo el avecilla columpiándose sobre una ramita plateada y moviendo sus alitas.

–No le comprendo a usted –respondió la rata de agua.

–Permítame que le cuente una historia sobre el asunto –dijo el pardillo.

–¿Se refiere a mí esa historia? –preguntó la rata de agua—. Si es así, la escucharé gustosa, porque a mí me vuelven loca los cuentos.

–Puede aplicarse a usted –respondió el pardillo.

Y abriendo las alas, se posó en la orilla del estanque y contó la historia del amigo fiel.

–Había una vez –empezó el pardillo– un honrado mozo llamado Hans.

–¿Era un hombre verdaderamente distinguido? –preguntó la rata de agua.

–No –respondió el pardillo–. No creo que fuese nada distinguido, excepto por su buen corazón y por su redonda cara morena y afable.

“Vivía en una humilde casita de campo y todos los días trabajaba en su jardín. En toda la comarca no había jardín tan hermoso como el suyo. En él crecían claveles, nomeolvides, saxifragas, así como rosas de Damasco y rosas amarillas, granates, lilas y oro, alelíos rojos y blancos.

“Y según se sucedían los meses, a su tiempo, florecían agavanzos y cardaminas, mejoranas y albahacas silvestres, velloritas y lirios de Alemania, asfódelos y claveros. Una flor sustituía a otra. Por lo cual había siempre cosas bonitas a la vista y olores agradables que respirar.

“El pequeño Hans tenía muchos amigos, pero el más íntimo era el gran Hugo, el molinero. Realmente, el rico molinero era tan allegado al pequeño Hans, que no visitaba nunca su jardín sin inclinarse sobre los macizos y coger un gran ramo de flores o un buen puñado de lechugas suculentas o sin llenarse los bolsillos de ciruelas y de cerezas, según la estación.

“–Los amigos verdaderos lo comparten todo entre sí –acostumbraba decir el molinero.

“Y el pequeño Hans asentía con la cabeza, sonriente, sintiéndose orgulloso de tener un amigo que pensaba con tanta nobleza.

“Algunas veces, sin embargo, el vecindario encontraba raro que el rico molinero no diese nunca nada a cambio al pequeño Hans, aunque tuviera cien sacos de harina almacenados en su molino, seis vacas lecheras y un gran número de ganado lanar; pero Hans no se preocupó nunca de semejante cosa.

“Nada le encantaba tanto como oír las bellas cosas que el molinero acostumbraba decir sobre la solidaridad de los verdaderos amigos.

“Así, pues, el pequeño Hans cultivaba su jardín. En primavera, en verano y en otoño se sentía muy feliz; pero cuando llegaba el invierno y no tenía ni frutos ni flores que llevar al mercado, padecía mucho frío y mucha hambre, acostándose con frecuencia sin haber comido más que unas peras secas y algunas nueces rancias.

“Además, en invierno se encontraba muy solo, porque el molinero no iba nunca a verle durante aquella estación.

“—No está bien que vaya a ver al pequeño Hans mientras duren las nieves —decía muchas veces el molinero a su mujer—. Cuando las personas pasan apuros hay que dejarlas solas y no molestarlas con visitas. Ésa es por lo menos mi opinión sobre la amistad, y estoy seguro de que es acertada. Por eso esperaré la primavera y entonces iré a verle; podrá darme un gran cesto de velloritas y eso le alegrará.

“—Eres realmente amable con los demás —le respondía su mujer, sentada en un cómodo sillón junto a un buen fuego de leña—. Resulta encantador oírte hablar de la amistad. Estoy segura de que el cura no diría sobre ella cosas tan bellas como tú, aunque vive en una casa de tres pisos y lleva un anillo de oro en el meñique.

“—¿Y no podríamos invitar al pequeño Hans a venir aquí? —preguntaba el hijo del molinero—. Si el pobre Hans pasa apuros, le daré la mitad de mi sopa y le enseñaré mis conejos blancos.

“—¡Qué bobo eres! —exclamó el molinero—. Verdaderamente no sé para qué sirve mandarte a la escuela. Parece que no aprendes nada. Si el pequeño Hans viniese aquí, ¡caramba!, y viera nuestro buen fuego, nuestra excelente cena y nuestro gran barril de vino tinto podría sentir envidia. Y la envidia es una cosa terrible que estropea los mejores caracteres. Realmente, no podría yo sufrir que el carácter de Hans se estropeará. Soy su mejor amigo, velaré siempre por él y tendré buen cuidado de no exponerle a ninguna tentación. Además, si Hans viniese aquí, podría pedirme que le diese un poco de harina fiada, lo cual no puedo hacer. La harina es una cosa y la amistad es otra, y no deben confundirse. Esas dos palabras se escriben de un modo diferente y significan cosas muy distintas, como todo el mundo sabe.

“¡Qué bien hablas! –dijo la mujer del molinero sirviéndose un gran vaso de cerveza caliente–. Me siento verdaderamente como adormecida, lo mismo que en la iglesia.

“–Muchos obran bien –replicó el molinero–, pero pocos saben hablar bien, lo que prueba que hablar es, con mucho, la cosa más difícil, así como la más hermosa de las dos.

“Y miró severamente por encima de la mesa a su hijo que, avergonzado, bajó la cabeza, se puso colorado como un tomate y empezó a llorar encima de su té.”

–¿Ése es el final de la historia? –preguntó la rata de agua.

–Nada de eso –contestó el pardillo–. Ése es el comienzo.

–Entonces quiere decir que está usted muy atrasado con relación a su tiempo –repuso la rata de agua–. Hoy día todo buen cuentista empieza por el final, prosigue por el comienzo y termina por la mitad. Es el nuevo método. Así se lo he oído decir a un crítico que se paseaba alrededor del estanque con un joven. Trataba el asunto magistralmente y estoy segura de que tenía razón, porque llevaba unas gafas azules y era calvo, y cuando el joven le hacía alguna observación, contestaba siempre: “¡Pse!” Pero continúe usted su historia, por favor. Me agrada mucho el molinero. Yo también encierro toda clase de bellos sentimientos: por eso hay una gran simpatía entre él y yo.

–¡Bien! –dijo el pardillo, brincando sobre sus dos patitas–. No bien pasó el invierno, en cuanto las velloritas empezaron a abrir sus estrellas amarillo pálidas, el molinero dijo a su mujer que iba a salir y visitar al pequeño Hans.

“–¡Ah, qué buen corazón tienes! –le gritó su mujer–. Siempre pensando en los demás. No te olvides de llevar el cesto grande para traer las flores.

“Entonces el molinero ató unas con otras las aspas del molino con una fuerte cadena de hierro y bajó la colina con la cesta al brazo.

“–Buenos días, pequeño Hans –dijo el molinero.

“–Buenos días –contestó Hans, apoyándose en su azadón y sonriendo con toda su boca.

“–¿Y cómo has pasado el invierno? –preguntó el molinero.

“¡Bien, bien!. –repuso Hans–. Muchas gracias por tu interés. He pasado mis malos ratos, pero ahora ha vuelto la primavera y me siento casi feliz... Además, mis flores van muy bien.

“–Hemos hablado de ti con mucha frecuencia este invierno, Hans –prosiguió el molinero–, preguntándonos qué sería de ti.

“–¡Qué amable eres! –dijo Hans–. Temí que me hubieras olvidado.

“–Hans, me sorprende oírte hablar de ese modo –dijo el molinero–. La amistad no olvida nunca. Eso es lo que tiene de admirable, aunque me temo que no comprendas la poesía de la amistad... Y entre paréntesis, ¡qué bellas están tus velloritas!

“–Sí, verdaderamente están muy bellas –dijo Hans–, y es para mí una gran suerte tener tantas. Voy a llevarlas al mercado, donde las venderé a la hija del burgomaestre, y con ese dinero compraré otra vez mi carretilla.

“–¿Que comprarás otra vez tu carretilla? ¿Quieres decir entonces que la has vendido? Has cometido una tontería.

“–Con toda seguridad, pero el hecho es –replicó Hans– que me vi obligado a ello. Como sabes, el invierno es una estación mala para mí y no tenía ningún dinero para comprar pan. Así es que vendí primero los botones de plata de mi traje de los domingos; luego vendí mi cadena de plata y después mi flauta. Por último vendí mi carretilla. Pero ahora voy a rescatarlo todo.

“–Hans –dijo el molinero–, te daré mi carretilla. No se halla en buen estado. Uno de los lados se ha roto y están algo torcidos los radios de la rueda, pero a pesar de esto te la daré. Sé que es muy generoso por mi parte y a mucha gente le parecerá una locura que me desprenda de ella, pero yo no soy como el resto del mundo. Creo que la generosidad es la esencia de la amistad, y, además, me he comprado una carretilla nueva. Sí, puedes estar tranquilo... Te daré mi carretilla.

“–Gracias, eres muy generoso –dijo el pequeño Hans. Y su amable cara redonda resplandeció de placer–. Puedo arreglarla fácilmente porque tengo una tabla en mi casa.

“–¡Una tabla! –exclamó el molinero–. ¡Muy bien! Eso es precisamente lo que necesito para la techumbre de mi granero. Hay una gran brecha y sé me mojará todo el trigo si no la tapo. ¡Qué oportuno has estado!

Realmente es de notar que una buena acción engendra otra siempre. Te he dado mi carretilla y ahora tú vas a darme tu tabla. Claro es que la carretilla vale mucho más que la tabla, pero la amistad sincera no repara nunca en esas cosas. Dame en seguida la tabla y hoy mismo me pondré a la obra para arreglar mi granero.

“–¡Encantado! –replicó el pequeño Hans.

“Fue corriendo a su vivienda y sacó la tabla.

“–No es una tabla muy grande –dijo el molinero, examinándola–, y me temo que una vez hecho el arreglo de la techumbre del granero no quedará madera suficiente para el arreglo de la carretilla, pero, claro, no tengo la culpa de eso... Y ahora, en vista de que te he dado mi carretilla, estoy seguro de que accederás a darme en cambio unas flores... Aquí tienes el cesto; procura llenarlo casi por completo.

“–¿Casi por completo? –dijo el pequeño Hans, bastante afligido, porque el cesto era de grandes dimensiones y comprendía que si lo llenaba no tendría ya flores para llevar al mercado y estaba deseando rescatar sus botones de plata.

“–¡Válgame Dios! –respondió el molinero–, ya que te doy mi carretilla no creí que fuese mucho pedirte unas cuantas flores. Podré estar equivocado, pero yo me figuré que la amistad, la verdadera amistad, no puede compartirse con el egoísmo.

“–Mi querido amigo, mi mejor amigo –protestó el pequeño Hans–, todas las flores de mi jardín están a tu disposición, porque me importa mucho más tu estimación que mis botones de plata.

“Y corrió a coger las preciosas velloritas y a llenar el cesto del molinero.

“–¡Adiós, pequeño Hans! –dijo el molinero subiendo de nuevo la colina con su tabla al hombro y su gran cesto al brazo.

“–¡Adiós! –dijo el pequeño Hans. “Y se puso a cavar alegremente: ¡estaba tan contento de tener otra carretilla!

“A la mañana siguiente, cuando estaba sujetando unas madreselvas sobre su puerta, oyó la voz del molinero que le llamaba desde el camino. Entonces saltó de su escalera y corriendo al final del jardín miró por encima del muro.

“Era el molinero con un gran saco de harina a su espalda. “–Pequeño Hans –dijo el molinero–, ¿querrías llevarme este saco de harina al mercado?

“–¡Oh, lo siento mucho! –dijo Hans–; pero verdaderamente me encuentro hoy ocupadísimo. Tengo que sujetar todas mis enredaderas, regar todas mis flores y segar todo mi césped.

“–¡Caramba! –replicó el molinero–; esperaba que en consideración a que te he dado mi carretilla ibas a complacerme.

“–¡Oh, sí quiero complacerte! –protestó el pequeño Hans–. Por nada del mundo dejaría yo de obrar como amigo tratándose de ti.

“Y fue a coger su gorra y partió con el gran saco a la espalda.

“Era un día muy caluroso y la carretera estaba terriblemente polvorienta. Antes de que Hans llegara al hito que marcaba la sexta milla, se hallaba tan fatigado que tuvo que sentarse a descansar. Sin embargo, no tardó mucho en continuar animosamente su camino y por fin llegó al mercado.

“Después de esperar un rato, vendió el saco de harina a buen precio y regresó a su casa de un tirón, porque temía encontrarse a algún salteador en el camino si se retrasaba mucho.

“¡Qué día tan duro! –se dijo Hans al meterse en su cama–. Pero me alegro mucho de haber hecho este favor al molinero, porque es mi mejor amigo y, además, va a darme su carretilla.”

“A la mañana siguiente, muy temprano, el molinero llegó por el dinero de su saco de harina, pero el pequeño Hans estaba tan cansado, que aún no se había levantado.

“–¡Palabra! –exclamó el molinero–. Eres muy perezoso. Cuando pienso que acabo de darte mi carretilla, creo que podrías trabajar con más ardor. La pereza es un gran vicio y no quisiera yo que ninguno de mis amigos fuera perezoso o apático. No creas que te hablo sin consideración. Claro es que no te hablaría así si no fuese amigo tuyo. Pero, ¿de qué serviría la amistad si no pudiera uno decir claramente lo que piensa? Todo el mundo puede decir cosas amables y esforzarse en complacer y halagar, pero un amigo sincero dice cosas desagradables y no teme causar pesadumbre. Por el contrario, si es un amigo verdadero, lo prefiere, porque sabe que así hace bien.

“–Lo siento mucho –respondió el pequeño Hans, restregándose los ojos y quitándose el gorro de dormir–. Pero estaba tan rendido, que creía haberme acostado hace poco y escuchaba cantar a los pájaros. ¿No sabes que trabajo siempre mejor cuando he oído cantar a los pájaros?”

“¡Bueno, tanto mejor! –respondió el molinero dándole una palmada en el hombro–, porque necesito que arregles la techumbre de mi granero.

“El pequeño Hans tenía gran necesidad de ir a trabajar a su jardín, porque hacía dos días que no regaba sus flores, pero no quiso decir que no al molinero, que era un buen amigo para él.

“–¿Crees que no sería amistoso decirte que tengo que hacer? –preguntó con voz humilde y tímida.

“–No creí nunca, por cierto –contestó el molinero–, que fuese mucho pedirte, teniendo en cuenta que acabo de regalarte mi carretilla, pero claro es que lo haré yo mismo si te niegas.

“–¡Oh, de ningún modo! –exclamó el pequeño Hans, saltando de su cama.
“Se vistió y fue al granero.

“Trabajó allí durante todo el día hasta el anochecer, y al ponerse el sol vino el molinero a ver hasta dónde había llegado.

“–¿Has tapado el boquete del techo, pequeño Hans? –gritó el molinero con tono alegre.

“–Está casi terminado –respondió Hans, bajando la escala.

“–¡Ah! –dijo el molinero–. No hay trabajo más agradable como el que se hace por otro.

“–¡Es un encanto oírte hablar! –respondió el pequeño Hans, que descansaba secándose la frente–. Es un encanto, pero temo que nunca llegaré a tener ideas tan hermosas como las tuyas.

“–¡Oh, ya las tendrás! –dijo el molinero–, pero habrás de tomarte más trabajo. Por ahora no posees más que la práctica de la amistad. Algún día poseerás también la teoría.

“–¿Crees eso de verdad? –preguntó el pequeño Hans.

“–Indudablemente –contestó el molinero–. Y ahora que has arreglado el techo, mejor será que vuelvas a tu casa a descansar, pues mañana necesito que lleves mis carneros a la montaña.

“El pobre Hans no se atrevió a protestar, y al día siguiente, al amanecer, el molinero condujo sus carneros hasta cerca de su casita y Hans se fue con ellos a la montaña. Entre ir y volver se le fue el día, y cuando regresó estaba tan cansado, que se durmió en su silla y no se despertó hasta entrada la mañana.

“¡Qué tiempo más delicioso tendrá mi jardín –se dijo–, e iba a ponerse a trabajar, pero por un motivo u otro no tuvo tiempo de echar un vistazo a sus flores; llegaba su amigo el molinero y le mandaba muy lejos a cumplir recados o le pedía que fuese ayudarlo en el molino. Algunas veces el pequeño Hans se apuraba mucho al pensar que sus flores creerían que las había olvidado, pero se consolaba pensando que el molinero era su mejor amigo.

“Además –acostumbraba decirse–, va a darme su carretilla, lo cual es un acto de puro desprendimiento.”

“Y el pequeño Hans trabajaba para el molinero, y éste decía muchas cosas bellas sobre la amistad, cosas que Hans copiaba en su libro verde y que releía por la noche, pues era culto.

“Ahora bien; sucedió que una noche, estando el pequeño Hans sentado junto al fuego, dieron un aldabonazo en la puerta.

“La noche era negrísima. El viento soplaba y rugía en torno de la casa de un modo tan terrible, que Hans pensó al principio si sería el huracán el que sacudía la puerta.

“Pero sonó un segundo golpe y después un tercero, más violento que los otros. “Será algún pobre viajero –se dijo el pequeño Hans y corrió a la puerta. “El molinero estaba en el umbral con una linterna en una mano y un grueso garrote en la otra.

“–Querido Hans –gritó el molinero–, me aflige un gran pesar. Mi hijo se ha caído de una escala, hiriéndose. Voy a buscar al médico. Pero vive lejos de aquí y la noche es tan mala, que he pensado que fueses tú en mi lugar. Ya sabes que te doy mi carretilla. Por eso estaría muy bien que hicieses algo por mí en cambio.

“–Por supuesto –exclamó el pequeño Hans–, me alegra mucho que se te haya ocurrido venir. Iré en seguida. Pero debías dejarme tu linterna, porque la noche es tan oscura, que temo caer en alguna zanja.

“–Lo siento muchísimo –respondió el molinero–, pero es mi linterna nueva y sería una gran pérdida que le ocurriese algo.

–¡Bueno!, ¡no hablemos más! Iré sin ella –dijo el pequeño Hans.

“Se puso su gran capa de pieles, un gorro colorado muy abrigador, se enrolló su bufanda alrededor del cuello y partió.

“¡Qué terrible tempestad se desencadenaba!

“La noche era tan negra, que el pequeño Hans apenas veía, y el viento, tan fuerte que le costaba gran trabajo andar.

“Sin embargo, él era muy animoso, y después de caminar cerca de tres horas, llegó a casa del médico y llamó a la puerta.

“–¿Quién es? –gritó el doctor, asomando la cabeza a la ventana de su dormitorio.

“–¡El pequeño Hans, doctor!

“–¿Y qué deseas, pequeño Hans?

“–El hijo del molinero se ha caído de una escala y se ha herido y es menester que vaya usted en seguida.

“–¡Muy bien! –replicó el doctor.

“Enjalezó en el acto su caballo, se calzó sus grandes botas y, cogiendo su linterna, bajó la escalera. Se dirigió a casa del molinero, llevando al pequeño Hans a pie detrás de él.

“Pero la tormenta arreció. Llovía a torrentes y el pequeño Hans no podía ni ver por dónde iba, ni seguir al caballo.

“Finalmente, perdió su camino, estuvo vagando por el páramo, que era un paraje peligroso lleno de hoyos profundos, cayó en uno de ellos y se ahogó.

“A la mañana siguiente, unos pastores encontraron su cuerpo flotando en una gran charca y le llevaron a su choza.

“Todo el mundo asistió al entierro del pequeño Hans, porque era muy querido. Y el molinero figuró a la cabeza del duelo.

“–Yo era yo su mejor amigo –decía el molinero–; justo es que ocupe el sitio de honor.

“Así es que fue a la cabeza del cortejo con una larga capa negra; de cuando en cuando se enjugaba los ojos con un gran pañuelo.

“–El pequeño Hans representa ciertamente una gran pérdida para todos nosotros –dijo el hojalatero una vez terminados los funerales y cuando la comitiva estuvo cómodamente instalada en la posada, bebiendo vino dulce y comiendo buenos pasteles.

“–Es una gran pérdida, sobre todo para mí –contestó el molinero–. En verdad, yo fui lo bastante bueno para comprometerme a darle mi carretilla y ahora no sé qué hacer con ella. Me estorba en casa, y está en tan mal estado que, si la vendiera, no sacaría nada. Les aseguro que de aquí en adelante no daré nada a nadie. Se pagan siempre las consecuencias de haber sido generoso.”

–Y es verdad –replicó la rata de agua después de una larga pausa. – ¡Bueno! Pues eso es todo dijo el pardillo. –¿Y qué fue del molinero? – preguntó la rata de agua. –¡Oh! No lo sé realmente –contestó el pardillo–, y me da lo mismo. –Es evidente que su carácter no es nada simpático –dijo la rata de agua. –Temo que no haya comprendido usted la moraleja de la historia –replicó el pardillo. –¿La qué? –gritó la rata de agua.

–La moraleja. –¿Quieres decir que la historia tiene una moraleja? –¡Pues, naturalmente! –afirmó el pardillo.

–¡Caramba! –dijo la rata con tono iracundo–. Podía usted habérmelo dicho antes de empezar. De ser así no le hubiera escuchado, con toda seguridad. Le hubiese dicho indudablemente: “¡Pse!”, como el crítico. Pero aún estoy a tiempo de hacerlo.

Gritó su “¡pse!” a toda voz y, dando un coletazo, se volvió a su agujero.

–¿Qué le parece a usted la rata de agua? –preguntó la pata, que llegó chapoteando algunos minutos después–. Tiene muchas buenas cualidades, pero yo, por mi parte, tengo sentimientos de madre y no puedo ver a un solterón empedernido sin que se me salten las lágrimas.

–Temo haberle molestado –respondió el pardillo–. El hecho es que le he contado una historia que tiene su moraleja.

–¡Ah, eso es siempre una cosa peligrosísima! –dijo la pata. –Y yo comparto absolutamente su opinión.

FIN

Chsss

Anton Chejov





<https://cuentosinfantiles.top>

Iván Krasnukin, periodista de no mucha importancia, vuelve muy tarde a su hogar, con talante desapacible, desaliñado y totalmente absorto. Tiene el aspecto de alguien a quien se espera para hacer una pesquisa o que medita suicidarse. Da unos paseos por su despacho, se detiene, se despeina de un manotazo y dice con tono de Laertes disponiéndose a vengar a su hermana:

—¡Estás molido, moralmente agotado, te entregas a la melancolía, y, a pesar de todo, enciértrate en tu despacho y escribe! ¿Y a esto se llama vida? ¿Por qué no ha descrito nadie la disonancia dolorosa que se produce en el alma de un escritor que está triste y debe hacer reír a la gente o que está alegre y debe verter lágrimas de encargo? Yo debo ser festivo, matarlas callando, e ingenioso, pero imagínese que me entrego a la melancolía o, una suposición, ¡que estoy enfermo, que ha muerto mi niño, que mi mujer está de parto!... Dice todo esto agitando los brazos y moviendo los ojos desesperadamente... Luego entra en el dormitorio y despierta a su mujer.

—Nadia —le dice—, voy a escribir... Te ruego que no me molesten, me es imposible escribir si los niños chillan, si las cocineras roncan... Procura que tenga té y... un bistec, ¿eh?... Ya lo sabes, no puedo escribir sin té... El té es lo que me sostiene cuando trabajo.

Aquí nada es resultado del azar, del hábito, sino que todo, hasta la cosa más insignificante, denota una madura reflexión y un programa estricto. Unos pequeños bustos y retratos de grandes escritores, una montaña de borradores, un volumen de Belinski con una página doblada, una página de periódico, plegada negligentemente, pero de manera que se ve un pasaje encuadrado en lápiz azul, y al margen, con grandes letras, la palabra: "¡Vil!" También hay una docena de lápices con la punta recién sacada y unos cortaplumas con plumas nuevas, para que causas externas y accidentes del género de una pluma que se rompe no puedan interrumpir, ni siquiera un segundo, el libre impulso creador...

Krasnukin se recuesta contra el respaldo del sillón y, cerrando los ojos, se abisma en la meditación del tema. Oye a su mujer que anda arrastrando las zapatillas y parte unas astillas para calentar el samovar. Que no está aún despierta del todo se adivina por el ruido de la tapadera del samovar y del cuchillo que se le caen a cada instante de las manos. No se tarda en oír el ruido del agua hirviendo y el chirriar de la carne. La mujer no cesa de partir astillas y de hacer sonar las tapas redondas y las puertecillas de la estufa. De pronto, Krasnukin se estremece, abre unos ojos asustados y olfatea el aire.

—¡Dios mío, el óxido de carbono! —gime con una mueca de mártir—. ¡El óxido de carbono! ¡Esta mujer insoportable se empeña en envenenarme! ¡Dime, en el nombre de Dios, si puedo escribir en semejantes condiciones!

Corre a la cocina y se extiende en lamentaciones caseras. Cuando, unos instantes después, su mujer le lleva, caminando con precaución sobre la punta de los pies, una taza de té, él se halla, como antes, sentado en su sillón, con los ojos cerrados, abismado en su tema. Está inmóvil, tamborilea ligeramente en su frente con dos dedos y finge no advertir la presencia de su mujer... Su rostro tiene la expresión de inocencia ultrajada de hace un momento.

Igual que una jovencita a quien se le ofrece un hermoso abanico, antes de escribir el título coquetea un buen rato ante sí mismo, se pavonea, hace carantoñas... Se aprieta las sienes o bien se crispa y mete los pies bajo el sillón, como si se sintiese mal o entrecierra los ojos con aire lánguido, como un gato tumbado sobre un sofá... Por último, y no sin vacilaciones, adelanta la mano hacia el tintero y, como quien firma una sentencia de muerte, escribe el título...

—¡Mamá, agua!—grita la voz de su hijo.

—¡Chsss!—dice la madre—. Papá escribe. Chsss...

Papá escribe a toda velocidad, sin tachones ni pausas, sin tiempo apenas para volver las hojas. Los bustos y los retratos de los escritores famosos contemplan el correr de su pluma, inmóviles, y parecen pensar: "¡Muy bien, amigo mío! ¡Qué marcha!"

—¡Chsss! —rasguea la pluma.

—¡Chsss! —dicen los escritores cuando un rodillazo los sobresalta, al mismo tiempo que la mesa.

Bruscamente, Krasnukin se endereza, deja la pluma y aguza el oído... Oye un cuchicheo monótono... Es el inquilino de la habitación contigua, Tomás Nicolaievich, que está rezando sus oraciones.

—¡Oiga!—grita Krasnukin—. ¿Es que no puede rezar más bajo? No me deja escribir.

—Perdóneme—responde tímidamente Nicolaievich.

—¡Chsss!

Cuando ha escrito cinco páginas, Krasnukin se estira de piernas y brazos, bosteza y mira al reloj.

—¡Dios mío, ya son las tres! —gime—. La gente duerme y yo... ¡sólo yo estoy obligado a trabajar!

Roto, agotado, con la cabeza caída hacia a un lado, se va al dormitorio, despierta a su mujer y le dice con voz lánguida:

—Nadia, dame más té. Estoy sin fuerzas...

Escribe hasta las cuatro y escribiría gustosamente hasta las seis, si el asunto no se hubiese agotado. Coquetear, hacer zalamerías ante sí mismo, delante de los objetos inanimados, al abrigo de cualquier mirada indiscreta que le atisbe, ejercer su despotismo y su tiranía sobre el pequeño hormiguero que el destino ha puesto por azar bajo su autoridad, he ahí la sal y la miel de su existencia. ¡De qué manera este tirano doméstico se parece un poco al hombre insignificante, oscuro, mudo y sin talento que solemos ver en las salas de redacción!

—Estoy tan agotado que me costará trabajo dormirme... —dijo al acostarse—. Nuestro trabajo, un trabajo maldito, ingrato, un trabajo de forzado, agota menos el cuerpo que el alma... Debería tomar bromuro... ¡Ay, Dios es testigo de que si no fuera por mi familia dejaría este trabajo!... ¡Escribir de encargo! ¡Esto es horrible!

Duerme hasta las doce o la una, con un sueño profundo y tranquilo... ¡Ay, cuánto más dormiría aún, qué hermosos sueños tendría, cómo florecería si fuese un escritor o un editorialista famoso o al menos un editor conocido!...

—¡Ha escrito toda la noche! —cuchichea su mujer con gesto apurado—. ¡Chsss!

Nadie se atreve a hablar ni andar, ni a hacer el menor ruido. Su sueño es una cosa sagrada que costaría caro profanar.

—¡Chsss! —se oye a través de la casa—. ¡Chsss!

FIN

Cada cosa en su sitio

Hans Christian Andersen





<https://cuentosinfantiles.top>

Hace de esto más de cien años. Detrás del bosque, a orillas de un gran lago, se levantaba un viejo palacio, rodeado por un profundo foso en el que crecían cañaverales, juncales y carrizos. Junto al puente, en la puerta principal, había un viejo sauce, cuyas ramas se inclinaban sobre las cañas.

Desde el valle llegaban sonos de cuernos y trotes de caballos; por eso la zagala se daba prisa en sacar los gansos del puente antes de que llegase la partida de cazadores. Venía ésta a todo galope, y la muchacha hubo de subirse de un brinco a una de las altas piedras que sobresalían junto al puente, para no ser atropellada. Era casi una niña, delgada y flacucha, pero en su rostro brillaban dos ojos maravillosamente límpidos. Mas el noble caballero no reparó en ellos; a pleno galope, blandiendo el látigo, por puro capricho dio con él en el pecho de la pastora, con tanta fuerza que la derribó.

–¡Cada cosa en su sitio! –exclamó–. ¡El tuyo es el estercolero! –y soltó una carcajada, pues el chiste le pareció gracioso, y los demás le hicieron coro. Todo el grupo de cazadores prorrumpió en un estruendoso griterío, al que se sumaron los ladridos de los perros. Era lo que dice la canción:

«¡Borrachas llegan las ricas aves!». Dios sabe lo rico que era. La pobre muchacha, al caer, se agarró a una de las ramas colgantes del sauce, y gracias a ella pudo quedar suspendida sobre el barrizal. En cuanto los señores y la jauría hubieron desaparecido por la puerta, ella trató de salir de su atolladero, pero la rama se quebró, y la muchachita cayó en medio del cañaveral, sintiendo en el mismo momento que la sujetaba una mano robusta. Era un buhonero, que, habiendo presenciado toda la escena desde alguna distancia, corrió en su auxilio. –¡Cada cosa en su sitio! –dijo, remedando al noble en tono de burla y poniendo a la muchacha en un lugar seco. Luego intentó volver a adherir la rama quebrada al árbol; pero eso de «cada cosa en su sitio» no siempre tiene aplicación, y así la clavó en la tierra reblandecida –. Crece si puedes; crece hasta convertirte en una buena flauta para la gente del castillo –. Con ello quería augurar al noble y los suyos un bien merecido castigo. Subió después al palacio, aunque no pasó al salón de fiestas; no era bastante distinguido para ello. Sólo le permitieron entrar en la habitación de la servidumbre, donde fueron examinadas sus mercancías y discutidos los precios. Pero del salón donde se celebraba el banquete llegaba el griterío y alboroto de lo que querían ser canciones; no sabían hacerlo mejor. Resonaban las carcajadas y los

ladridos de los perros. Se comía y bebía con el mayor desenfreno. El vino y la cerveza espumeaban en copas y jarros, y los canes favoritos participaban en el festín; los señoritos los besaban después de secarles el hocico con las largas orejas colgantes. El buhonero fue al fin introducido en el salón, con sus mercancías; sólo querían divertirse con él. El vino se les había subido a la cabeza, expulsando de ella a la razón. Le sirvieron cerveza en un caletín para que bebiese con ellos, ¡pero de prisa! Una ocurrencia por demás graciosa, como se ve. Rebaños enteros de ganado, cortijos con sus campesinos fueron jugados y perdidos a una sola carta.

–¡Cada cosa en su sitio! –dijo el buhonero cuando hubo podido escapar sano y salvo de aquella Sodoma y Gomorra, como él la llamó–. Mi sitio es el camino, bajo el cielo, y no allá arriba –. Y desde el vallado se despidió de la zagala con un gesto de la mano.

Pasaron días y semanas, y aquella rama quebrada de sauce que el buhonero plantara junto al foso, seguía verde y lozana; incluso salían de ella nuevos vástagos. La doncella vio que había echado raíces, lo cual le produjo gran contento, pues le parecía que era su propio árbol.

Y así fue prosperando el joven sauce, mientras en la propiedad todo decaía y marchaba del revés, a fuerza de francachelas y de juego: dos ruedas muy poco apropiadas para hacer avanzar el carro. No habían transcurrido aún seis años, cuando el noble hubo de abandonar su propiedad convertido en pordiosero, sin más haber que un saco y un bastón. La compró un rico buhonero, el mismo que un día fuera objeto de las burlas de sus antiguos propietarios, cuando le sirvieron cerveza en un caletín. Pero la honradez y la laboriosidad llaman a los vientos favorables, y ahora el comerciante era dueño de la noble mansión. Desde aquel momento quedaron desterrados de ella los naipes. –¡Mala cosa! –decía el nuevo dueño–. Viene de que el diablo, después que hubo leído la Biblia, quiso fabricar una caricatura de ella e ideó el juego de cartas. El nuevo señor contrajo matrimonio –¿con quién dirías? –Pues con la zagala, que se había conservado honesta, piadosa y buena. Y en sus nuevos vestidos aparecía tan pulcra y distinguida como si hubiese nacido en noble cuna. ¿Cómo ocurrió la cosa? Bueno, para nuestros tiempos tan ajetreados sería ésta una historia demasiado larga, pero el caso es que sucedió; y ahora viene lo más importante.

En la antigua propiedad todo marchaba a las mil maravillas; la madre cuidaba del gobierno doméstico, y el padre, de las faenas agrícolas. Llovían sobre ellos las bendiciones; la prosperidad llama a la prosperidad. La vieja casa señorial fue reparada y embellecida; se limpiaron los fosos y se plantaron en ellos árboles frutales; la casa era cómoda, acogedora, y el suelo, brillante y limpiísimo. En las veladas de invierno, el ama y sus criadas hilaban lana y lino en el gran salón, y los domingos se leía la Biblia en alta voz, encargándose de ello el Consejero comercial, pues a esta dignidad había sido elevado el ex-buhonero en los últimos años de su vida. Crecían los hijos –pues habían venido hijos –, y todos recibían buena instrucción, aunque no todos eran inteligentes en el mismo grado, como suele suceder en las familias. La rama de sauce se había convertido en un árbol exuberante, y crecía en plena libertad, sin ser podado. –¡Es nuestro árbol familiar! –decía el anciano matrimonio, y no se cansaban de recomendar a sus hijos, incluso a los más ligeros de cascos, que lo honrasen y respetasen siempre.

Y ahora dejamos transcurrir cien años. Estamos en los tiempos presentes. El lago se había transformado en un cenagal, y de la antigua mansión nobiliaria apenas quedaba vestigio: una larga charca, con unas ruinas de piedra en uno de sus bordes, era cuanto subsistía del profundo foso, en el que se levantaba un espléndido árbol centenario de ramas colgantes: era el árbol familiar. Allí seguía, mostrando lo hermoso que puede ser un sauce cuando se lo deja crecer en libertad. Cierto que tenía hendido el tronco desde la raíz hasta la copa, y que la tempestad lo había torcido un poco; pero vivía, y de todas sus grietas y desgarraduras, en las que el viento y la intemperie habían depositado tierra fecunda, brotaban flores y hierbas; principalmente en lo alto, allí donde se separaban las grandes ramas, se había formado una especie de jardincito colgante de frambuesas y otras plantas, que suministran alimento a los pajarillos; hasta un gracioso acerolo había echado allí raíces y se levantaba, esbelto y distinguido, en medio del viejo sauce, que se miraba en las aguas negras cada vez que el viento barría las lentejas acuáticas y las arrinconaba en un ángulo de la charca. Un estrecho sendero pasaba a través de los campos señoriales, como un trazo hecho en una superficie sólida.

En la cima de la colina lindante con el bosque, desde la cual se dominaba un soberbio panorama, se alzaba el nuevo palacio, inmenso y suntuoso, con cristales tan transparentes, que se habría dicho que no los había. La

gran escalinata frente a la puerta principal parecía una galería de follaje, un tejido de rosas y plantas de amplias hojas. El césped era tan limpio y verde como si cada mañana y cada tarde alguien se entretuviera en quitar hasta la más ínfima brizna de hierba seca. En el interior del palacio, valiosos cuadros colgaban de las paredes, y había sillas y divanes tapizados de terciopelo y seda, que parecían capaces de moverse por sus propios pies; mesas con tablero de blanco mármol y libros encuadernados en tafilete con cantos de oro... Era gente muy rica la que allí residía, gente noble: eran barones.

FIN

Buen humor

Hans Christian Andersen





<https://cuentosinfantiles.top>

Mi padre me dejó en herencia el mejor bien que se pueda imaginar: el buen humor. Y, ¿quién era mi padre? Claro que nada tiene esto que ver con el humor. Era vivaracho y corpulento, gordo y rechoncho, y tanto su exterior como su interior estaban en total contradicción con su oficio. Y, ¿cuál era su oficio, su posición en la sociedad? Si esto tuviera que escribirse e imprimirse al principio de un libro, es probable que muchos lectores lo dejaran de lado, diciendo: «Todo esto parece muy penoso; son temas de los que prefiero no oír hablar». Y, sin embargo, mi padre no fue verdugo ni ejecutor de la justicia, antes al contrario, su profesión lo situó a la cabeza de los personajes más conspicuos de la ciudad, y allí estaba en su pleno derecho, pues aquél era su verdadero puesto. Tenía que ir siempre delante: del obispo, de los príncipes de la sangre...; sí, señor, iba siempre delante, pues era cochero de las pompas fúnebres.

Bueno, pues ya lo sabéis. Y una cosa puedo decir en toda verdad: cuando veían a mi padre sentado allá arriba en el carruaje de la muerte, envuelto en su larga capa blanquinegra, cubierta la cabeza con el tricornio ribeteado de negro, por debajo del cual asomaba su cara rolliza, redonda y sonriente como aquella con la que representan al sol, no había manera de pensar en el luto ni en la tumba. Aquella cara decía: «No os preocupéis. A lo mejor no es tan malo como lo pintan».

Pues bien, de él he heredado mi buen humor y la costumbre de visitar con frecuencia el cementerio. Esto resulta muy agradable, con tal de ir allí con un espíritu alegre, y otra cosa, todavía: me llevo siempre el periódico, como él hacía también.

Ya no soy tan joven como antes, no tengo mujer ni hijos, ni tampoco biblioteca, pero, como ya he dicho, compro el periódico, y con él me basta; es el mejor de los periódicos, el que leía también mi padre. Resulta muy útil para muchas cosas, y además trae todo lo que hay que saber: quién predica en las iglesias, y quién lo hace en los libros nuevos; dónde se encuentran casas, criados, ropas y alimentos; quién efectúa «liquidaciones», y quién se marcha. Y luego, uno se entera de tantos actos caritativos y de tantos versos ingenuos que no hacen daño a nadie, anuncios matrimoniales, citas que uno acepta o no, y todo de manera tan sencilla y natural. Se puede vivir muy bien y muy felizmente, y dejar que lo entierren a uno, cuando se tiene el «Noticiero»; al llegar al final de la vida

se tiene tantísimo papel, que uno puede tenderse encima si no le parece apropiado descansar sobre virutas y serrín.

El «Noticiero» y el cementerio son y han sido siempre las formas de ejercicio que más han hablado a mi espíritu, mis balnearios preferidos para conservar el buen humor.

Ahora bien, por el periódico puede pasear cualquiera; pero veníos conmigo al cementerio. Vamos allá cuando el sol brilla y los árboles están verdes; paseémonos entonces por entre las tumbas, Cada una de ellas es como un libro cerrado con el lomo hacia arriba; puede leerse el título, que dice lo que la obra contiene, y, sin embargo, nada dice; pero yo conozco el intríngulis, lo sé por mi padre y por mí mismo. Lo tengo en mi libro funerario, un libro que me he compuesto yo mismo para mi servicio y gusto. En él están todos juntos y aún algunos más.

Ya estamos en el cementerio. Detrás de una reja pintada de blanco, donde antaño crecía un rosal –hoy no está, pero unos tallos de siempreviva de la sepultura contigua han extendido hasta aquí sus dedos, y más vale esto que nada–, reposa un hombre muy desgraciado, y, no obstante, en vida tuvo un buen pasar, como suele decirse, o sea, que no le faltaba su buena rentecita y aún algo más, pero se tomaba el mundo, en todo caso, el Arte, demasiado a pecho. Si una noche iba al teatro dispuesto a disfrutar con toda su alma, se ponía frenético sólo porque el tramoyista iluminaba demasiado la cara de la luna, o porque las bambalinas colgaban delante de los bastidores en vez de hacerlo por detrás, o porque salía una palmera en un paisaje de Dinamarca, un cacto en el Tirol o hayas en el norte de Noruega. ¿Acaso tiene eso la menor importancia? ¿Quién repara en estas cosas? Es la comedia lo que debe causaros placer. Tan pronto el público aplaudía demasiado, como no aplaudía bastante. –Esta leña está húmeda –decía–, no quemará esta noche –. Y luego se volvía a ver qué gente había, y notaba que se reían a deshora, en ocasiones en que la risa no venía a cuento, y el hombre se encolerizaba y sufría. No podía soportarlo, y era un desgraciado. Y helo aquí: hoy reposa en su tumba.

Aquí yace un hombre feliz, o sea, un hombre muy distinguido, de alta cuna; y ésta fue su dicha, ya que, por lo demás, nunca habría sido nadie; pero en la Naturaleza está todo tan bien dispuesto y ordenado, que da gusto pensar en ello. Iba siempre con bordados por delante y por detrás, y ocupaba su sitio en los salones, como se coloca un costoso cordón de

campanilla bordado en perlas, que tiene siempre detrás otro cordón bueno y recio que hace el servicio. También él llevaba detrás un buen cordón, un hombre de paja encargado de efectuar el servicio. Todo está tan bien dispuesto, que a uno no pueden por menos que alegrársele las pajarrillas.

Descansa aquí –¡esto sí que es triste! –, descansa aquí un hombre que se pasó sesenta y siete años reflexionando sobre la manera de tener una buena ocurrencia. Vivió sólo para esto, y al cabo le vino la idea, verdaderamente buena a su juicio, y le dio una alegría tal, que se murió de ella, con lo que nadie pudo aprovecharse, pues a nadie la comunicó. Y mucho me temo que por causa de aquella buena idea no encuentre reposo en la tumba; pues suponiendo que no se trate de una ocurrencia de esas que sólo pueden decirse a la hora del desayuno –pues de otro modo no producen efecto –, y de que él, como buen difunto, y según es general creencia, sólo puede aparecerse a medianoche, resulta que no siendo la ocurrencia adecuada para dicha hora, nadie se ríe, y el hombre tiene que volverse a la sepultura con su buena idea. Es una tumba realmente triste.

Aquí reposa una mujer codiciosa. En vida se levantaba por la noche a maullar para hacer creer a los vecinos que tenía gatos; ¡hasta tanto llegaba su avaricia!

Aquí yace una señorita de buena familia; se moría por lucir la voz en las veladas de sociedad, y entonces cantaba una canción italiana que decía: «Mi manca la voce!» («¡Me falta la voz!»). Es la única verdad que dijo en su vida.

Yace aquí una doncella de otro cuño. Cuando el canario del corazón empieza a cantar, la razón se tapa los oídos con los dedos. La hermosa doncella entró en la gloria del matrimonio... Es ésta una historia de todos los días, y muy bien

contada además. ¡Dejemos en paz a los muertos! Aquí reposa una viuda, que tenía miel en los labios y bilis en el corazón. Visitaba las familias a la caza de los defectos del prójimo, de igual manera que en días pretéritos el «amigo policía» iba de un lado a otro en busca de una placa de cloaca que no estaba en su sitio. Tenemos aquí un panteón de familia. Todos los miembros de ella estaban tan concordes en sus opiniones, que aun

cuando el mundo entero y el periódico dijese: «Es así», si el benjamín de la casa decía, al llegar de la escuela: «Pues yo lo he oído de otro modo», su afirmación era la única fidedigna, pues el chico era miembro de la familia. Y no había duda: si el gallo del corral acertaba a cantar a media noche, era señal de que rompía el alba, por más que el vigilante y todos los relojes de la ciudad se empeñasen en decir que era medianoche.

El gran Goethe cierra su Fausto con estas palabras: «Puede continuarse», Lo mismo podríamos decir de nuestro paseo por el cementerio. Yo voy allí con frecuencia; cuando alguno de mis amigos, o de mis no amigos se pasa de la raya conmigo, me voy allí, busco un buen trozo de césped y se lo consagro, a él o a ella, a quien sea que quiero enterrar, y lo entierro enseguida; y allí se están muertecitos e impotentes hasta que resucitan, nuevecitos y mejores. Su vida y sus acciones, miradas desde mi atalaya, las escribo en mi libro funerario. Y así debieran proceder todas las personas; no tendrían que encolerizarse cuando alguien les juega una mala pasada, sino enterrarlo enseguida, conservar el buen humor y el «Noticiero», este periódico escrito por el pueblo mismo, aunque a veces inspirado por otros. Cuando suene la hora de encuadernarme con la historia de mi vida y depositarme en la tumba, poned esta inscripción: «Un hombre de buen humor». Ésta es mi historia.

FIN

Amores de perros

Sara Bertrand





<https://cuentosinfantiles.top>

Hay amores que matan, se los digo con una pata en mi corazón. Hubiese preferido ahorrarme el dolor y este agujero que siento en el pecho y me tiene suspirando como si me faltara el aire.

Ahora es tarde para lamentarse. O, tal vez, es demasiado temprano, ¿cómo saberlo? He escuchado que el principio de cualquier cosa también es su final, pero ¿cuándo comienza y cuándo termina? Grrr. Ustedes saben que hay preguntas que son imposibles para un perro y no es que quiera aburrirlos, de hecho, soy de pocos ladridos. Así es que al grano: la culpa de este lamento, esta historia que me veo forzado a contar, la tuvo una cachorra café rojiza. Una preciosura de ojos como la noche, orejas interminables y cola en punta que me robó el corazón y cambió mi vida animal para siempre. Tan dramático como se lee. Ella y su engreída forma de mirarme a los ojos, abrir el hocico y mostrar sus caninos impecablemente blancos para emitir un gruñido de gato. No miento. Era una chica de mi raza, pero al mostrar sus dientes lo hacía como una gata.

En pocas palabras, no me quiso.

Podría estirar las cosas y decir que me odió, pero ¿cómo podría odiarme si soy guapo e inteligente? Un salchicha negro, hijo de padres campeones, lo mejor en la expresión de mi raza, entonces, díganme quién, ¿quién en su sano juicio rechazaría a un macho así? Pues para que vean que las cosas se complican entre perros cuando hablamos de sentimientos, ella, la bella cara de botella, no me quiso. Por más que le mostré mis gracias, salté y corrí alrededor suyo; por más que la perseguí; por más que rechacé un apetitoso hueso para dejárselo a sus pies, ella no me quiso. Y yo que a poco andar me imaginé con unos cachorros negros y cafés correteando en nuestra casa de perros. Ni siquiera llegué a preguntarle si era hija de algún campeón ni menos si le interesaba emparentarse conmigo. Como les conté, ella se limitó a mostrar sus caninos.

El asunto me llevó a plantearme otras preguntas difíciles, por ejemplo: ¿Existe eso del amor-perro-a-primer-olfato? O, ¿qué tiene una perrita que no tenga otra? Porque ella tenía cuatro hermanas que se mostraron mucho más simpáticas conmigo, podría haberme gustado cualquiera, ¿no? Y sin embargo. También surgieron dudas ingratas que podría resumir en las palabras del poeta: ¿Qué se ama cuando se ama? Dicho de otra manera, ¿cómo es posible que haya caído a sus pies si ella no me dio ni ladrido?

Guau.

Pero no quiero hablar de mí, aunque uno termine hablando de uno. La historia que quiero contarles es otra y tiene que ver conmigo, pero de una manera, ¿cómo llamarla? Cruel. La verdadera protagonista, la que se robó la película fue ella. Ella que pestañeó y caí fulminado, ella que se acurrucó en la falda de su ama y no se dignó a mirarme.

Sucedió así:

Hará cosa de un mes nos invitaron a un asado. Digo “nos” porque fui con mis amos, los Rojas. Yo estaba entusiasmadísimo con el paseo, de hecho, era la primera vez que salía fuera de Santiago y quería verlo todo, por eso apenas me subí al auto peleé un asiento al lado de la ventana. El viaje se me hizo eterno, los paisajes tan distintos y los olores, ¡guau! Una deliciosa mezcla agrídulce con toques de sabores desconocidos. Para cuando llegamos, quería recorrer cada rincón.

No hice nada.

Me enamoré en cuestión de segundos.

Me explico: bajé del auto de un salto, el pasto me llegaba hasta las orejas así es que di botes como un conejo. Alcancé a reconocer un gran estanque de agua, los Rojas iban con traje de baño y flotadores y se bañaron mucho rato, yo también lo hubiera hecho de no ser porque al cuarto brinco tropecé con ella.

Ella. Fue cosa de segundos, como dije. Sus pestañas se abrieron y cerraron en un movimiento acompasado.

Escuché música. Para que sepan, los perros también nos ponemos cursis, así es que escuché una melodía que era como el sonido tranquilo del viento de la tarde, y ella: pestañeó y pestañeó. Mareado, caminé en puntillas como si mi cuerpo fuera de plumas, y ella: pestañeó y pestañeó. La música seguía sintiéndose entre los dos cuando llegué a su lado, y ella: pestañeó y pestañeó. Mi hocico alcanzó a rozar el suyo, pero entonces el tiempo se aceleró: como una karateca, corrió su cara, su cuerpo y mostró sus caninos.

Lo que siguió fue una crónica del desastre. Dio media vuelta y corrió desalada (¡qué chica más veloz!), llegó a la terraza y de un salto se instaló en la falda de su ama. Intenté imitarla, incluso alcancé a doblar mis

piernas para el rechazo, me elevé por los aires. ¡Paf! La señora me atajó de un solo manotazo. Caí al suelo, literalmente, a sus pies.

Humillación, vergüenza y esa fiebre llamada amor que me nubló la vista.

Lloré. Sí, duele confesarlo, pero lloré a los pies de su ama con sus pestañas en mi retina. La muy ingrata corrió la vista. Hubiese jurado que era sorda de no ser porque atendía cualquier cosa que dijera la señora. A mí, en cambio, solo los caninos. Entre tanto, los Rojas se pusieron trajes de baño y chapoteaban en medio del estanque. Los escuché llamarme, y en otro momento, hubiese corrido hacia ellos sin dudarlo, pero estaba enfermo, preso de una agitación que desconocía. Quise decirle, confesarle mis sentimientos, así es que volví a intentar el salto. Pero esta vez la señora me dio una patada. Lo normal hubiese sido retirarme, hacerme de rogar. Y sin embargo. Lloriqueé como un niño a los pies de la antipática que me separaba de mi amada.

En algún momento se acercaron sus hermanas. Era la novedad, digo, el perro recién llegado y sus hermanas comprendieron lo que ella se negaba a aceptar: teníamos que conocernos. Nos olisqueamos tal como lo exigen nuestras reglas. Incluso, una de ellas me invitó a jugar. ¡Había tanto que ver! Estuve a punto de correr, de dejarla atrás, cuando la insufrible llegó a nuestro lado. Pensé que el corazón se me escapaba por el hocico. Que quizás.

Me equivoqué.

Cuando intenté olfatearla, me tiró un tarascón. Por suerte soy ágil, un perro muy atlético, y logré esquivarlo sin salir malherido.

—¡Guau! —alegué.

Pero ella, protegida por sus hermanas se alejó en dirección a la parrilla. Me dejaron solo. Fueron unos segundos de silencio, tal vez, la oportunidad que me brindaba el día para recuperar la calma, pero el amor es ciego y sordo. Sobre todo eso. La seguí. La música sonaba como viento agitado en el techo. Un viento que me golpeaba la cara. No quise escuchar. Intenté acercarme y nuevamente esquivé un tarascón.

—Grrr, ¿por qué? —pregunté, pero ella me miró con esos ojos suyos e inclinó sus pestañas.

Awww.

No dijo nada.

Un señor con sombrero de paja repartió unos huesos entre los perros que estábamos ahí. Miré mi porción apetitosa y humeante. Me sonaron las tripas y se me humedeció el hocico. Pero. Quería una explicación. Tomé el hueso entre mis caninos y me fui hacia ella, la miré a los ojos, ella gruñó como gata con su lomo engrifado. Sin reclamar, coloqué el manjar a sus pies. Por un segundo algo en su mirada se suavizó, o eso creí.

La tarde transcurrió entre mis lloriqueos y sus gruñidos. Así es que cuando los Rojas me subieron al auto y me instalé en la ventana para verla por última vez, pensé que jamás olvidaría aquel momento ínfimo en que me miró sin gruñir. Mucho más tarde, ya en mi casa, pensé que quizás ese primer encuentro no fue el principio ni el final, sino un paréntesis y que nuestra historia en otro tiempo se escribiría de otra manera...

FIN